



**UNIVERSIDAD AUSTRAL DE CHILE
FACULTAD DE FILOSOFÍA Y HUMANIDADES
INSTITUTO DE HISTORIA Y CIENCIAS SOCIALES**

Docente responsable:
Prof. Pablo Iriarte Bustos

**DE LA NIÑEZ A LA ADULTEZ:
LA PERDURABILIDAD DE LAS CREENCIAS ADVENTISTAS EN UNA
SOCIEDAD MODERNA**

Seminario de Tesis para optar al Título de Profesor en Historia y Ciencias Sociales y al
Grado de Licenciado en Educación.

Jonathan David González Barra

Valdivia, Chile
2018

AGRADECIMIENTOS

En este espacio quisiera agradecer a todas las personas, que de alguna u otra forma, hicieron posible este logro. Primeramente a toda mi familia, quienes han sido incondicionales y me han acompañado a lo largo toda de esta trayectoria, tanto en mis victorias como en mis derrotas, destacando a mi esposa y a mi madre, las personas más importantes de mi vida, gracias por su entrega, su cariño y su paciencia.

También quisiera extender mis gratitudes hacia todos los profesores con los que me relacioné en estos años. Agradezco que hayan compartido sus conocimientos y por supuesto su entrega como profesores, elemento que contribuirá de buena manera en el ejercicio de mi práctica pedagógica. En esta misma línea, quisiera mencionar de forma especial al profesor Pablo Iriarte quien consolidó en mí el interés por la temática y me ha conducido a lo largo de este proyecto, proporcionándome no solo su conocimiento, sino que su voluntad, su apoyo, su tiempo y su consejo.

Finalmente, no puedo dejar de agradecer a todos los entrevistados y colaboradores sin los cuales nada de esto sería posible. Fueron ellos quienes sentaron las bases de esta investigación, gracias por su tiempo, por su amabilidad y por su disposición. Dicho esto extendiendo las congratulaciones al Colegio Adventista de Valdivia que abrió sus puertas para que yo pudiese desarrollar este trabajo.

Jonathan D. González Barra.

ÍNDICE

AGRADECIMIENTOS	2
INTRODUCCIÓN	5
1.- CAPÍTULO I: PROBLEMA DE INVESTIGACIÓN EN PERSPECTIVA HISTÓRICA	10
1.1 Definiciones de modernidad	10
1.2 El ciclo de vida en lo religioso	14
1.3 La modernidad y su impacto en lo religioso	18
1.4 Adventismo: Historia y características	24
1.5 La modernidad y su impacto en el adventismo	30
2.- CAPÍTULO II: ASPECTOS METODOLÓGICOS	33
2.1 Pregunta de investigación	33
2.2 Objetivos de investigación	33
2.2.1 Objetivo general	33
2.2.2 Objetivo específico	33
2.3 Enfoque metodológico y técnicas	34
2.3.1 Entrevista en profundidad	34
2.3.2 Observación participante	36
2.3.2.1 Prácticas y actores sociales	37
2.3.3 Revisión bibliográfica	41
2.4 Análisis de datos	42
3.- CAPÍTULO III: ANÁLISIS DE RESULTADOS. LA RELACIÓN ENTRE EL ADVENTISMO Y LA MODERNIDAD	43
3.1 El ciclo de vida en el adventismo	43
3.1.1 La adopción de un ideario	44
3.1.2 La adolescencia y juventud como puntos de tensión	48
3.1.3 La consolidación y el otro ciclo vital	52
3.2 La modernidad para los adventistas	57

3.2.1 La modernidad como mundanalidad	59
3.2.2 La modernidad como lo nuevo sobre lo viejo	65
3.2.3 Desplazamiento: el hombre y la divinidad	69
CONCLUSIONES	73
BIBIOGRAFÍA	80
ANEXOS	85
Pauta de entrevista	85
Pauta de observación participante	86
Tabla de colaboradores	87

INTRODUCCIÓN

La presente investigación ha sido realizada en el sur de Chile, específicamente en la ciudad de Valdivia, y busca comprender de qué forma la modernidad, como un proceso cultural e histórico vigente, impacta en la vida de los adventistas, partiendo desde la niñez hasta la adultez. En otras palabras, este trabajo aborda la relación que existe entre la modernidad y la religiosidad adventista a lo largo de la trayectoria vital del creyente.

Como se profundizara a posteriori, en esta investigación la modernidad se abordara desde un plano religioso-cultural y en lo que respecta a su definición se le concebirá como a un proceso cultural que genera una ruptura entre el hombre y su tradicional fuente de sabiduría y sustento, es decir Dios. Como consecuencia de dicho proceso, la modernidad conduce al ser humano a una suerte de emancipación, generando una tendencia antropocéntrica en su ser integro. De esta forma el ser humano se transforma en su propio modelo a seguir, tornándose la modernidad un fenómeno donde el ser humano desplaza de forma plena o parcial al que antes era su Dios.

Para realizar este trabajo se requirió de la ejecución constante de entrevistas en profundidad, las cuales se realizaron a diferentes tipos de creyentes, siendo las principales distinciones su sexo y su rango etario. Esta labor permitió tener acceso no sólo a diferentes posturas y puntos de vistas, sino que ha distintas experiencias de vida que de alguna forma grafican lo expuesto por los entrevistados. Sumado a esto se emplearon otras técnicas como la observación participante, que fue utilizada mayoritariamente para contextualizar algunos de los escenarios donde se sitúan los adventistas, y por lo tanto otorgar algunos elementos que enriquecen la investigación. En otras palabras la observación participante será una herramienta de complementación, y dicha condición se debe a que no responde de forma directa ni a la pregunta de investigación ni al objetivo general, los cuales serán expuestos posteriormente.

El acceso a los creyentes y a ciertos espacios de relevancia se desarrolló a través del Colegio Adventista de Valdivia, ya que fue en este escenario donde se ejecutaron la mayoría de las conversaciones o entrevistas, además de las observaciones participantes, la convivencia cotidiana y la obtención de ciertos libros y documentos (artículos de revistas)

que fueron indispensables para realizar un acercamiento histórico hacia la denominación, tanto en términos nacional-locales como en términos internacional-mundiales.

Este tipo de trabajos posee una relevancia significativa ya que actualmente un número importante de denominaciones, especialmente las protestantes, han tenido un renacimiento que se grafica con la participación activa en ciertos asuntos que conciernen a la contingencia, tanto a nivel latinoamericano como mundial (Habermas 2007, 5). Un ejemplo consistente son las temáticas que atañen a la moralidad de los sujetos, llámense éstas aborto libre, identidad de género, etc. De esta forma, el ideario cristiano que parecía ser un estilo de vida obsoleto, actualmente posee un número significativo de adeptos y por consecuencia sus creencias vuelven a cobrar relevancia en los distintos ámbitos sociales. Por otro lado, este resurgimiento religioso resulta extrapolable a las distintas religiones del mundo, llegando al punto en que ciertos académicos como Berger (1999) aseguran que el mundo sigue siendo tan religioso como siempre. En esta misma línea Gómez (2015) realiza las siguientes preguntas:

“¿Cómo comprender, por ejemplo, el resurgimiento religioso en los países del antiguo bloque soviético o en China luego de la reforma constitucional de 1978 que permitió la libertad religiosa, después de que en ellos la religión parecía haber sido erradicada mediante políticas estatales enfocadas a la eliminación de la "superstición" mediante la educación de los ciudadanos? ¿O qué decir del hecho de que en Estados Unidos, tras 150 años en los que la teoría de la evolución natural de Darwin ha sido utilizada para promover militantemente el naturalismo, el creacionismo siga encontrando nuevas y muy sofisticadas formas argumentativas para seguir dando la batalla? Adicionalmente, el fundamentalismo religioso en diversas tradiciones parece estar viviendo su momento de mayor expansión, aun en las sociedades consideradas más modernas. Todos estos desarrollos históricos hacen que sea necesario replantear la relación entre religión y modernidad” (75-76).

Dicho esto, si la modernidad como proceso cultural insta a un desplazamiento de lo divino para dar paso al centralismo de la razón humana, sería pertinente preguntarse como conviven ambas ideologías en la sociedad actual, sobre todo en el escenario latinoamericano que a lo largo de su historia se ha caracterizado por ser muy religioso. A raíz de aquello resulta interesante abordar el adventismo, no solo por la escasa información al respecto, sino porque dicha denominación posee características bastante peculiares como son su apego riguroso a la Biblia y su inclinación hacia el saber.

Respecto a la estructura del trabajo, este consta de tres capítulos centrales. El primero lleva por título “Problema de investigación en perspectiva histórica”; y tiene como finalidad

sentar las bases de la investigación. Por una parte, pretende desplegar los principales lineamientos sobre lo que es un ciclo o trayectoria vital (elemento indispensable ya que es en esta trayectoria donde se generan los vínculos, ya sean positivos o negativos con la modernidad). Por otro lado, el capítulo otorga ciertas premisas sobre la modernidad y la forma es que ésta se ha relacionado con la religión, y con el adventismo propiamente tal, a lo largo de la historia. Sumado a lo anterior, el capítulo incorpora un apartado donde se expone la historia de la Iglesia Adventista del Séptimo de Día desde sus orígenes en el movimiento *millerita*, pasando por su consolidación y expansión geográfica mundial, llegando hasta su instauración en Chile y, finalmente, a la ciudad de Valdivia. En este mismo espacio se expondrán las principales características de la denominación, destacando puntos como su estructura organizacional a nivel mundial y sus principales doctrinas.

En este mismo capítulo, se dejará en claro el carácter exploratorio e inductivo de la investigación que basa su análisis en los dichos de los propios entrevistados. Sin embargo, este espacio también contribuirá para esbozar una definición preliminar del concepto de modernidad que puede o no coincidir con aquella noción que los colaboradores entrevistados hacen explícita.

El segundo capítulo tiene relación con los aspectos metodológicos de la investigación. En él se exponen elementos de suma importancia como la pregunta y objetivos de investigación (considerando en este último tanto objetivo general como los objetivos específicos). No obstante para una mayor claridad a lo largo de la lectura y para erradicar cualquier tipo de confusión, es pertinente esbozar en este punto los elementos antes aludidos. En primer lugar la investigación aquí presente surge de la siguiente interrogante: ¿qué elementos de la modernidad condicionan la perdurabilidad de las creencias adventistas desde la niñez hasta la adultez? Y por supuesto pretende responderla a través del cumplimiento de su objetivo general y específicos, los cuales radican en comprender los elementos de la modernidad que condicionan la perdurabilidad de las creencias religiosas entre los adventistas.

Además, en este mismo capítulo, se deja en claro cuáles son los actores y prácticas sociales sobre los que se ha efectuado la indagación, incluyendo el perfil general de los entrevistados. Dicho apartado finaliza con la descripción del enfoque metodológico y de las

técnicas utilizadas: una combinación de técnicas cualitativas de investigación social y técnicas de indagación histórica que contribuyen a la reconstrucción de la historia local del adventismo en Valdivia.

El tercer capítulo lleva por título “Análisis de resultados. La relación entre el adventismo y la modernidad”, y constituye la parte central de la investigación ya que es en este apartado donde se interpretan las entrevistas en profundidad. En primer lugar, se identificaron y analizaron las principales etapas del ciclo vital adventista y como éste se relaciona con los principios que ellos mismos han definido como característicos de la modernidad. En segundo lugar, se identificaron las definiciones o concepciones que tienen los adventistas en torno a la modernidad, destacando las percepciones más reiterativas y, por lo tanto, las más significativas. Finalmente, teniendo como base las distintas entrevistas, se realiza una interpretación que busca abordar el problema si acaso el adventismo se consolida con la modernidad o, por el contrario, se tensiona con ésta.

Finalmente, las conclusiones pretenden, por una parte, englobar las principales ideas e hipótesis y, por otra, manifestar algunas temáticas que no se alcanzaron a profundizar en este trabajo pero que sin lugar a dudas podrían servir de orientación para futuras investigaciones. Se suma a lo anterior la bibliografía y los anexos, destacando entre estos últimos la pauta de entrevista y una tabla de citas-comentarios que fueron utilizadas para el análisis realizado a lo largo del trabajo. Esta forma de presentar el material se utilizó con el objetivo de que el lector pueda comparar las citas y sepa con mayor facilidad a que sujeto pertenecen, pudiendo profundizar así, si lo desea, los análisis ofrecidos en el cuerpo del texto.

Esta temática posee una relevancia significativa, primero, por el resurgimiento religioso al que se aludió anteriormente, el cual ha significado un replanteamiento de los principios modernos y de cómo estos se relacionan con la religiosidad. Tal panorama conduce a la realización de interrogantes como por ejemplo, si existen tensiones significativas en la relación religión-modernidad, o que posición ocupa lo moderno ante el resurgimiento de principios religiosos. En segundo lugar, la otra variante que justifica la presente investigación, es la escasa información que hay sobre el adventismo tomando en consideración que es una iglesia mundial y que se relaciona de formas tan particulares con lo moderno. Todos los factores aquí expuestos, hacen de este trabajo una significativa

LA PERDURABILIDAD DE LAS CREENCIAS ADVENTISTAS EN UNA SOCIEDAD MODERNA.

contribución a la investigación empírica en torno a las relaciones entre religiosidad y modernización.

CAPÍTULO I: PROBLEMA DE INVESTIGACIÓN EN PERSPECTIVA HISTÓRICA.

1.1 DEFINICIONES DE MODERNIDAD

En lo que concierne a la definición de modernidad, los pensamientos que puede haber al respecto son variados. Si se aborda desde la historiografía tradicional la modernidad no es más que una etapa en el devenir del ser humano, la cual comienza con la caída de Constantinopla, o con el descubrimiento de América según se prefiera, y finaliza con la Revolución Francesa. Estas alusiones, que si bien son correctas, no hacen más que presentar de manera superficial el proceso aquí abordado.

Durante un largo tiempo, prácticamente todas las sociedades concebían a la modernidad como a un estado de supremacía que era ineludible para la humanidad, es decir, todo ser humano debía dirigirse de forma inevitable hacia esa condición. Este proceso o estado de avance es lo que comúnmente se comprendía como progreso. Según la teorización de Wagner (2017):

La idea de modernidad está inextricablemente ligada a la de progreso. Una de las razones fundamentales de esta conexión es que el final del siglo XVIII, considerado a menudo como el momento inicial de la modernidad, fue también percibido en Europa como el del nacimiento de una nueva sociedad que evolucionaba en función de una lógica distinta a todas las que la habían precedido: una sociedad que contaba con un horizonte abierto a las posibilidades futuras (95).

Sin embargo existen distintos teóricos que se contraponen a la tesis anterior, argumentando que los grandes principios de la modernidad han sido todos refutados, o que la concepción de modernidad progresiva no era más que una artimaña por parte de la potencias para mantener a sus colonias en un estado de postergación, retraso y por consecuencia en un estado de no modernidad (Lyotard 2009). Desde este punto de vista la modernidad no es más que un cumulo de teorías descartables con el paso del tiempo, o una construcción diseñada con fines prácticos. Sumado a esta negativa, se argumenta que el progreso quedo devastado bajo las sangrientas consecuencias de las dos guerras mundiales,

comprobando que la existencia del ser humano no es solo un avance positivo (Urdaneta-Carruyo 2005, 75).

Por otro lado, el concepto de progreso esta mancomunado con la autonomía del ser humano y con lo que él puede hacer según sus propias capacidades. Dicho de otra manera la modernidad orienta al ser humano hacia una liberación de cualquier agente considerado represivo, como por ejemplo Dios, lo cual posee mucho sentido tomando en consideración la temática de la presente investigación. Expuesto todo lo anterior, resultaba una contrariedad para el humano moderno creer en un ser omnipotente que intervenía en su vida y que no era él mismo quien la construía; el creer en Dios no era parte del progreso, es más, resultaba en un retraso para el devenir de las sociedades. Según lo que plantea Touraine (1994):

“La idea de modernidad, en su forma más ambiciosa, fue la afirmación de que el hombre es lo que hace y que, por lo tanto, debe existir una correspondencia cada vez más estrecha entre la producción –cada vez, más eficaz, por la ciencia la tecnología o la administración-, la organización de la sociedad mediante la ley y la vida personal, animada por el interés, pero también por la voluntad de liberarse de todas las coacciones ¿En qué basa esta correspondencia de una cultura científica, de una sociedad ordenada y de individuos libres si no es en el triunfo de la razón?” (9).

Este principio que proporciona la modernidad –el vínculo entre el progreso y a la autonomía- fue postulado por grandes pensadores como por ejemplo los filósofos Immanuel Kant y Karl Marx. Si bien ambos pensadores abordaban el vínculo desde posturas diferentes, en sus interpretaciones de la historia concebían a la libertad o la autonomía como un principio elemental para poder progresar. En esta línea Kant (1784) expone que la historia:

“...nos hace abrigar la esperanza de que [...] acaso pueda descubrir al contemplar el juego de la libertad humana [en su conjunto] un curso regular de la misma, de tal modo que cuanto se presenta como enmarañado e irregular ante los ojos de los sujetos individuales pudiera ser interpretado al nivel de la especie como una evolución progresiva y continua, aunque lenta, de sus disposiciones originales ” (17).

El vínculo propiciado por el pensamiento moderno por su puesto no estuvo exento de críticas, ya que si bien se evidenciaba la autonomía del ser humano se cuestionaba el fin último de dicha independencia, en otras palabras, la materialización del progreso. Este escepticismo ante el progreso se grafica claramente en la palabras de Burke (1790) quien señala que “el efecto que produce la libertad en los individuos consiste en que pueden hacer lo que quieran: hay que ver, pues, lo que querrán hacer, antes de precipitarnos en dar

enhorabuenas”. La crítica aquí presentada apela a las malas decisiones que puede tomar el ser humano en su condición de autonomía, pero en ninguna medida niega su emancipación.

Por otro lado, la modernidad como concepto abstracto ha sufrido variaciones tanto diacrónicas como diatópicas, por lo que su definición resulta compleja de sintetizar y de categorizar. Dicho accionar se torna mucho más arduo si se toman en consideración las diversas dimensiones que abarca la modernidad (cultura, política, economía, etc.). En lo que se refiere a variaciones geográficas, es muy disímil hablar de una modernidad europea y de una modernidad latinoamericana. En esta línea Mallimaci (2004) señala lo siguiente:

“La modernidad en América Latina no es entonces un proceso homogéneo y lineal, sino que se ha ido construyendo con avances y retrocesos donde el “beneficio” de dicha modernidad ha brindado oportunidades desiguales al conjunto de la ciudadanía. No hemos vivido el camino “irresistible” de la premodernidad (rural) a la modernidad (industrial), y hoy a la posmodernidad (informática)” (20).

Estas particularidades de la modernidad latinoamericana, se deben a los diversos procesos históricos y culturales por los que ha transitado el continente, y que se remontan hasta los orígenes de la conquista española. Dichos procesos están cargados de conflictos y enfrentamientos tanto internos como externos. Un claro ejemplo de ello es la distribución desigual de la riqueza, fenómeno que ha proporcionado características intrínsecas a la zona, como el empobrecimiento, la marginalidad social y la vulnerabilidad de sus pueblos. Profundizando en estas diferentes percepciones, Martínez (2011) define la modernidad como el pasar de etapas desde:

“[una] racionalidad objetiva a otra instrumental, pero también descubrimiento del carácter lingüístico de la racionalidad y del carácter social e histórico del lenguaje y especialmente del habla, la cultura moderna no puede sino ir descubriendo su propia diversidad y desembocando en racionalidades “regionales”, fragmentarias, conscientes de sus límites y necesitadas de reconstrucción continua” (74)

En otras palabras, si se aboca a la concepción latinoamericana de modernidad, se harán manifiestas particularidades que difieren de la noción europea. En Latinoamérica la modernidad ha sido más bien una “modernización, es decir, introducción acelerada y voluntarista por parte de una élite, de cambios económicos, sociales y políticos que no se vinculaban demasiado con las disposiciones de la base social que debía protagonizarlos o con más frecuencia sufrirlos” (Martínez 2011, 76).

Por otro lado, al observar los distintos ámbitos que abarca la modernidad, es apropiado denotar que la presente investigación se enfocara esencialmente en el plano religioso-cultural (sin embargo no se limitará exclusivamente a eso). Al considerar este plano religioso-cultural es evidente que la modernidad está relacionada con una suerte de quiebre entre Dios y el hombre, dicha ruptura lleva a la emancipación de este último generando una visión antropocéntrica en la sociedad. En este punto no es la divinidad el referente a contemplar, sino el propio ser humano; dicho de otro modo, la modernidad es el proceso en donde el ser humano, supuestamente, desplaza a la divinidad en todo orden de cosas. En síntesis la investigación se realizara teniendo como bases la definición otorgada por Touraine (1994) al señalar que la modernidad, es el proceso cultural donde el ser humano tiene la voluntad de librarse de toda coacción.

Sin embargo, la presente investigación se abocará a un trabajo de tipo exploratorio e inductivo en donde los entrevistados o colaboradores proporcionarán sus propias definiciones de modernidad, las cuales pueden o no estar relacionadas con las premisas expuestas en esta problematización. Este elemento, a saber, las definiciones de modernidad, será abordado y analizado de forma meticulosa y por consecuencia se le otorgará un espacio dentro de las conclusiones. Este proceder permitirá un análisis y propuestas mucho más variadas en lo que se refiere a la consolidación o tensiones que padecen los adventistas frente a cuestiones que ellos mismos consideran como modernas.

1.2 EL CICLO DE VIDA EN LO RELIGIOSO

Sin lugar a dudas la trayectoria existencial del ser humano está cargada de prácticas, concepciones y elementos que condicionan su ser integral. Este fenómeno adquisidor se relaciona de forma inevitable con nuestro ser gregario, es decir, con nuestra ineludible necesidad de socializar y vincularnos. Dicho de otra manera: las prácticas, las concepciones y los elementos antes mencionados se deberían catalogar como hechos sociales, que no son propios del individuo, sino que son adquiridos en la medida en que nos relacionamos con una otredad y con una sociedad previamente estructurada. En palabras de Durkheim (1986) un hecho social es:

“...toda manera de hacer, establecida o no, susceptible a ejercer sobre el individuo una coacción exterior; o también, el que es general en la extensión de una sociedad determinada teniendo al mismo tiempo una existencia propia, independiente de sus manifestaciones individuales” (51-52)

La adquisición de los elementos que constituyen la espiritualidad cristiana será condicionada por variados factores a lo largo del ciclo vital o trayectoria de vida, siendo los que interesan en esta investigación los que tienen directa relación con la modernidad. Es por ello que resulta indispensable definir cuáles son los elementos o la naturaleza que constituye ese ciclo vital. Esto resulta sumamente complejo si se toman en consideración las distintas percepciones que existen en torno a la realidad, abarcando el mundo material, las ideas y, si es que la hubiese, la existencia supra-terrenal. Es debido a esta complejidad que se establecerán ciertos procesos que son transversales al ciclo vital de cualquier ser humano, en cualquier sociedad. Aludiendo a lo anterior, Winch (1994) señala que tales procesos son:

“nacimiento, muerte, relaciones sexuales. Su significación consiste aquí en que están ineludiblemente supuestas en la vida de toda sociedad humana conocida, de un modo que nos proporciona una clave donde mirar si nos encontramos desorientados acerca del sentido de un sistema de instituciones extraño” (79-80).

Este triunvirato del ciclo vital, es una teoría utilizada por distintos autores para exponer las etapas más elementales de la existencia humana. Siguiendo esta tendencia González (2003) menciona que el sentido del nacimiento la muerte y las relaciones sexuales varían de una sociedad a otra, no obstante su posición central dentro de una determinada sociedad es un factor constante (394). Por otra parte Octavio Paz (2008) menciona que los antiguos consideraban a la naturaleza como a algo semejante a los dioses y a los seres

humanos quienes manifestaban su energía vital en tres tiempos: en el nacimiento, en la copulación y en la muerte. Por último, cabe destacar esta tendencia postulada por Winch ha llegado al punto de traspasar al plano de lo literario, cuando el poeta T. S. Eliot declara lo siguiente: Nacer, copular y morir. / Eso es todo, eso es todo, eso es todo, eso es todo. / Nacer, copular y morir (citado en Rion 2006, 23).

Con el nacimiento y con el comienzo de este proceso adquisitivo, todo ser humano incorpora una cantidad significativa de valores y creencias que de alguna u otra forma definirán su devenir existencial. Estos elementos pueden ser proporcionados por diferentes circunstancias e instituciones, no obstante en la mayoría de los casos son otorgados por los padres, quienes probablemente las heredaron de los suyos, generándose lo que se conoce como una tradición familiar.

En el caso de las familias que poseen algún tipo de religiosidad el fenómeno antes señalado se deja ver con mayor claridad ya que no sólo inculcan modales y principios sino que también una cosmovisión arraigada en un plano más allá de lo sensorial, lo que algunas denominaciones podrían catalogar como supra terrenal. Dicha cosmovisión, por lo general, se fundamenta en una serie de prácticas que varían dependiendo de la religión. Sin embargo, en lo que se refiere al cristianismo y a los cultos monoteístas, cuestiones como la oración o el rezo, la lectura de libros sagrados y el acto de congregarse son elementos que se manifiestan de manera elemental en cada una de ellas.

En relación a la crianza de los niños y niñas adventistas, la Iglesia otorga una función medular a los padres, a tal punto de considerarlos como los primeros maestros espirituales. Esta responsabilidad no solo conlleva una mera instrucción doctrinaria sino que también los posiciona como guías en el establecimiento de una relación íntima con la divinidad. En el caso de la religión adventista, la reconocida profetiza y escritora Ellen G. de White (2005) señala lo siguiente:

“La educación de los niños constituye una parte importante del plan de Dios (...). Una solemne responsabilidad reposa sobre los padres en el sentido de educar a sus hijos para que cuando salgan al mundo, hagan bien y no mal a aquellas con quienes se asocian” (21-22).

Este tipo de declaraciones presentan al muchacho no solo como receptor de ciertas enseñanzas que aportarán en la conducción de su vida, sino que también como un agente que

contribuye en un plan superior que tiene directa relación con la divinidad y con la construcción de un determinado carácter, en este proyecto los padres son los encargados de construir el fundamento para el éxito de dicha empresa.

Los principios inculcados en este proceso ciertamente pueden provenir desde otras fuentes como amigos, instituciones educativas, etc. No obstante, son estos principios los que en algún momento se relacionan o tensionan con elementos propios de la modernidad, los cuales no necesariamente atentan contra la religiosidad, pero si instan a que el creyente participe de un estilo de vida secular.

Por otro lado, lo que Winch (1994) denomina como relaciones sexuales hace una directa alusión a la madurez sexual y lo que comúnmente se concibe como el inicio de la adultez. Esta etapa se caracteriza por la consolidación de un estilo de vida adquirido en años anteriores, aunque esto no significa que la forma de vida no pueda sufrir modificaciones ante agentes externos. Un ejemplo claro de esto sería nacer y criarse en un estilo de vida religioso y posteriormente, en algún punto de la trayectoria vital y a partir de algunas tensiones con la modernidad, transitar hacia un estilo de vida secular e inclusive antirreligioso.

Volviendo al punto de la madurez sexual, la mayoría de los cristianos asocian esta etapa con el rito o la ceremonia del casamiento. A partir de esto, la etapa también se vincula con el inicio de la constitución familiar y con la autosuficiencia en diversos ámbitos de la existencia. No obstante, pese a esta aparente estabilidad, las tensiones espirituales que tienen relación con lo moderno pueden precipitarse. En otras palabras, sería aventurado relegar las tensiones a una sola etapa del ciclo de vida.

Finalmente toda sociedad, de alguna u otra forma con mayor o menor claridad, tiene una percepción sobre el fin de la trayectoria, es decir, sobre la muerte. En este ámbito Winch (1994) menciona lo siguiente: “cuando hablo de mi muerte (...) estoy hablando del cese de mi mundo. Que es también el cese de mi capacidad para obrar bien o mal” (82). Tomando en consideración este último elemento, dicho cese conlleva el fin de lo que algunas denominaciones catalogan como libre albedrío y con esto el fin de toda tensión o consolidación en el vínculo religión-modernidad.

No obstante, muchas formas de espiritualidad extienden la trayectoria vital más allá del nacimiento, de la madurez sexual y de la muerte, generando lo que podríamos llamar como otro ciclo vital o la continuación del mismo. La gran mayoría de ellas se extienden hacia un plano supra terrenal (como el infierno, el purgatorio y el cielo católico) o inclusive hacia nuevas formas de vida (como en la transmigración budista). En el caso específico del cristianismo, la doctrina teológica cifra las esperanzas de “vida póstuma” en la existencia de un paraíso que a lo largo de la historia ha sido complejo de definir. Es por ello que Delumeau (2014) citando a San Ambrosio acota lo siguiente: “Parece que vamos a encontrar serias dificultades si queremos buscar y explicar que es el paraíso, donde está y cuál es su naturaleza... ¿Cómo podremos resolver el problema de saber el lugar del paraíso que no hemos podido ver?” (257).

En este espacio resultaría pertinente preguntarse qué importancia tiene la “vida póstuma” en función del vínculo que se puede establecer entre la religión y la modernidad. La respuesta a dicha interrogante radica en que el cristiano a lo largo de todo su ciclo de vida (anterior a la muerte) ejerce su libre albedrío o la capacidad de obrar bien o mal en función de las expectativas de acceder a ese paraíso. En otras palabras, la intención de alcanzar ese estado de felicidad y plenitud conlleva el cumplimiento de ciertos estándares éticos-morales que condicionarán en gran medida la recepción o rechazo de los elementos modernos que pudieran tensionar su espiritualidad. Todo esto se desarrolla a través de lo que en este apartado hemos considerado como un ciclo de vida elemental.

1.3 LA MODERNIDAD Y SU IMPACTO EN LO RELIGIOSO.

Al abordar la historia nacional es ineludible el hecho de que el país ha transitado por un proceso de laicidad, el cual se grafica de forma clara en las disputas políticas que tuvieron liberales y conservadores a lo largo del siglo XIX. No obstante, la secularización como un concepto y como un proceso cultural que distancia al ser humano de la divinidad, no está del todo inserta en las sociedades latinoamericanas. Estos elementos que son propios de la modernidad, sin lugar a dudas han adquirido un espacio en el devenir humano y al ser contrarios a lo religioso han tenido un impacto significativo en dicha esfera, todos elementos que se analizarán a continuación.

En el caso específico del cristianismo, y por consiguiente de Occidente, su percepción en torno al ciclo vital -la crianza cristiana enfocada en lo supra terrenal y su perdurabilidad a través de la trayectoria de vida- pareció desvanecerse en algún momento, ya que la modernidad y elementos característicos de ésta, como la secularización, arremetieron fuertemente contra ello. Este fenómeno se comprime de manera clara en la célebre declaración de Nietzsche: ‘Dios ha muerto’. En otras palabras, la modernidad introdujo un “pensamiento desasosegado, des-sujetado porque se emancipa de la atadura de un fundamento-Dios que rige la estructura misma del pensar, al tiempo que constituye un acto desesperanzado porque quedan abolidas todas las esperanzas cifradas en un más allá” (Colombani 2007, 8).

Ante los dichos de Nietzsche y como un efecto consubstancial se consolida el ateísmo. Este posicionamiento como bien es sabido recusa cualquier referencia a Dios o a lo divino posicionando al hombre en el lugar que antes concernía a la divinidad. En el fondo habría que comprender a Nietzsche como quien plantea “que el hombre no puede afirmarse sino en un gesto negador de la divinidad, recuperando para sí las proyecciones imaginarias que las religiones identifican con Dios” (Valadier 2010, 221). A partir de esta hipótesis, es innegable que el ateísmo como parte de la modernidad también ha impactado de forma negativa en la religiosidad.

Este proceso de secularización en el que se niega a la divinidad o, en el mejor de los casos, se la desplaza a un plano secundario, configura al ser humano como el nuevo modelo a contemplar y como medida de toda acción social. En consecuencia, con la modernidad gran

parte del espectro académico-intelectual, y de forma inconsciente la sociedad en su conjunto, pasaron de poseer una cosmovisión teocéntrica a una antropocéntrica, conformándose de esta forma un nuevo paradigma, idea elemental en los postulados de Todorov (2008) quien señala que “el hombre se había quedado solo; solo como creador de su propia historia y de su propia civilización; solo como quien decide por sí mismo lo que es bueno y lo que es malo” (34).

La idea que se plantea mediante esta cita es indispensable “para una cierta comprensión moderna de las cosas, [ya que] el antropocentrismo está unido a la negación de Dios y excluye, por tanto, el teocentrismo” (Illanes 1988, 645), siendo un nuevo arquetipo se extendió por todos los ámbitos de la existencia humana y por consiguiente a toda manifestación propia de esta última, ya sea en términos educativos, culturales, sociales e inclusive económicos.

Ya antes de Nietzsche, la centralidad que pasó a ocupar el ser humano se remonta al movimiento intelectual y cosmovisión conocidos como el Humanismo, el cual tuvo su apogeo entre los siglos XIV y XV. Dicha corriente se esmeraba en la reivindicación de lo antiguo, específicamente en la restitución y exegesis de las obras greco-romanas. Así, la centralidad del ser humano “llega a impregnar (...) casi todas las áreas de la cultura posmedieval, a saber la teología, la filosofía, el pensamiento político, la jurisprudencia, la medicina, las matemáticas y las artes” (Kraye 1998, 20). En este aspecto, es pertinente señalar que el Humanismo de los siglos XIV y XV no es el causante del ateísmo propiamente tal, sin embargo, es el generador de una incipiente desvinculación por parte del ser humano para con la divinidad.

La desvinculación aquí aludida, no es solo para con la divinidad sino con toda una forma de pensar y de actuar ya que tradicionalmente se refiere al humanismo como el movimiento intelectual que rompe con las tradiciones medievales y en el espectro académico con el escolasticismo (Cordua 2011, 9-10). Una forma de evidenciar este aparente quiebre es el que se desarrolla en el ámbito cultural con el llamado Renacimiento donde todo artista colocaba su mirada en la perfección y en la simetría del cuerpo humano, elementos que son intrínsecos en el arte greco-latino. Aludiendo a esto, Restrepo (2008) acota lo siguiente:

“La audiencia de los artistas del Renacimiento no se detuvo sólo en esa narcisista contemplación del cuerpo humano. Bajo el mandato impaciente del papa Julio II, Miguel Ángel emprendió la decoración de la capilla Sixtina. Al cabo de cuatro años, inspirado en la

imaginería bíblica, entregó una obra inmortal en la que no hay calvario ni redención, pero en la que domina el esplendor de la figura humana.” (166)

Todos estos argumentos postulan al Renacimiento como un fenómeno emancipador, en donde se libera al ser humano de las cadenas medievales y se le extrae de la oscuridad intelectual en que le confinaba la religión. Es debido a estos procesos que tradicionalmente se vincula al Renacimiento con el Humanismo, vínculo que, por cierto, es innegable.

Es en este punto donde se origina la aparente debacle del cristianismo. Es en este punto donde comienza una especie de tribulación por parte de la modernidad. Dicha tribulación radica en la depreciación de lo religioso y en su menosprecio como fuente de autoridad explicativa. Sin embargo, sería aventurado apuntar al cristianismo como el único perjudicado ya que religiones que antiguamente se encontraban aisladas del naciente contexto socio-cultural también en la actualidad se ven confrontadas a elementos modernos. Un ejemplo claro de ello es el Islam, que es “consciente de que el mundo occidental (la modernidad), que personifica a Satán, se les mete dentro de sus culturas ancestrales, poniéndolas en peligro y reclamando su defensa por la acción de los grupos radicales” (Monserrat 2011, 387).

Argumentos como los aquí presentados sentencian a la religión a un suplicio que solo puede conducir a la “emancipación científico-filosófica y, al mismo tiempo, a la emancipación socio-política de la moderna sociedad europea frente a la religión antigua” (Monserrat 2011, 388). Ciertamente, elementos como la secularización han tenido lugar efectivamente en la expansión de sistemas funcionales, sobre todo del sistema político y económico (Habermas 2008, 3). No obstante, pareciera que la idea de un quiebre definitivo entre modernización y religiosidad no es del todo acertada.

Tomando en consideración este último aspecto, es ineludible preguntarse si efectivamente la sociedad moderna se ha secularizado con el transcurrir del tiempo o sólo ha transitado por un proceso de laicización. Para resolver esta encrucijada resulta pertinente analizar cuáles son la definición y las diferencias entre ambos conceptos. En otras palabras, es indispensable cuestionarse cuál es la real influencia que tiene lo religioso sobre las distintas esferas de la sociedad moderna, llámense éstas política, económica, social, cultural, moral, educativa, etc.

En lo que concierne a los dos conceptos aquí aludidos, resulta obvio que emerjan diferentes posturas en cuanto a su significado. Sin embargo, desde la base de ciertos consensos por parte de los intelectuales e investigadores del tema, la secularización apunta al “proceso de diferenciación social, a la mundanización de las instituciones religiosas, a una privatización de la religión y la reconfiguración de las creencias, impulsadas por la modernidad” (Blancarte 2014, 95). De todos estos elementos y/o procesos el más significativo es el primero -entendiendo la diferenciación social como el apartamiento de la religión de otros terrenos de la vida social (Tschannen 1991, 400-401)- ya que este hace referencia a una progresiva separación de los ámbitos económico, social y cultural para con el ámbito religioso. Profundizando aún más en esta definición Hervieu-Léger (2004) señala lo siguiente:

"La "secularización" de las sociedades modernas no se resume... en el proceso de evicción social y cultural de la religión con el que comúnmente se la confunde. Combina, de manera compleja, la pérdida del dominio de los grandes sistemas religiosos sobre una sociedad que reivindica su plena capacidad de orientar por sí misma su destino, y la recomposición, bajo una nueva forma, de las representaciones religiosas que han permitido a esta sociedad pensarse a sí misma como autónoma" (37).

La significatividad de dicho fenómeno radica en el hecho de que estos elementos (religión y las demás esferas sociales) siempre estuvieron ligados. En el caso de la Europa medieval por ejemplo, la soberanía que poseía el Papa a través de todos los reinos era incuestionable; *statu quo* que se mantuvo indemne prácticamente hasta la Revolución Francesa (1789), con la ilustración y con el nacimiento de los estados modernos. Por otro lado, en lo que se refiere a Latinoamérica y, por supuesto, a Chile, desde los inicios de la invasión europea el elemento religioso (cristiano católico) siempre estuvo presente en los distintos espacios de las sociedades conquistadas (Galeano 2013, 28). Estos paradigmas denotan lo complejo que era concebir (al menos para el general de la población) una realidad en que estas esferas estuviesen apartadas y es por eso que los sistemas religiosos, tal como plantea Hervieu-Léger (2004), albergan la necesidad de reinventarse.

En esta misma línea hay una serie de autores que respaldan la definición que se expuso en párrafos anteriores, como por ejemplo Di Stefano (2011) quien apunta a la secularización como “al proceso de ajuste de la religión a fenómenos que se producen en planos que empiezan a diferenciarse de ella: la política, la economía, la sociedad, la cultura, la ciencia”

(4). Como se puede apreciar se reitera la idea de la separación por parte de la religión en función de otras áreas sociales

Por otra parte, al abordar el concepto de laicización se hace hincapié en un fenómeno mucho más específico y que apunta al “proceso de autonomización de la esfera política respecto a la esfera religiosa y como consecuencia con la separación de lo religioso respecto a los asuntos públicos. En suma, podría decirse que la laicidad es la secularización del Estado” (Blancarte 2014, 95), de sus instituciones, de sus políticas públicas y de todo el aparato administrativo que este conlleva.

Ambos conceptos, tanto el de secularización como el de laicización, son de origen cristiano y se utilizan para denominar a feligreses comunes que son dirigidos por algún tipo de clérigo o, dicho de otra manera, simplemente hacen alusión al seglar y al laico respectivamente. No obstante, con la agudización de la secularización, ambas palabras adquirieron una concepción negativa llegando al punto de utilizarse en contextos antirreligiosos (Blancarte 2014).

La misma distinción o dualidad en la definición de laicismo, es la que evoca Vallarino-Bracho (2005) al mencionar que el primer sentido, “se remonta a la Edad Media, donde distingue entre clérigos y laicos. El segundo, [...] se relaciona con la palabra laico, en tanto se opone a religioso. Designa, por consiguiente, el hecho de la ausencia del carácter religioso” (159).

Una vez esclarecida la divergencia entre ambos fenómenos, cabría reiterar la pregunta en cuanto a si efectivamente las sociedades modernas vivieron un proceso de secularización o más bien uno de laicización. En lo que se refiere específicamente al caso chileno, es innegable que ésta experimentó un proceso de laicización, el cual se concretó con la separación de la Iglesia y el Estado en la constitución de 1925. Sin embargo, ya en el siglo XIX se mostraron con denuedo los primeros atisbos del fenómeno, atisbos que se pueden evidenciar en lo político pero también en elementos socioculturales que estaban bajo la administración estatal.

Esta dicotomía entre la Iglesia y el Estado se desencadena tras un incidente de proporciones menores: “el cabildo eclesiástico se había dividido en torno a la expulsión de

un sacristán menor de la Iglesia metropolitana y dos de ellos amenazaban con presentar un recurso de fuerza a los tribunales ordinarios para dejar sin efecto la medida” (Serrano 2008, 60). Este vano incidente conocido como “la cuestión del sacristán” se encargó de materializar una conflagración de dimensiones mucho más amplias. Según Serrano (2008) “un conflicto entre la jerarquía eclesiástica y el gobierno que habría de marcar el rumbo de la Iglesia y de la política chilena por el resto del siglo” (60).

El panorama aquí presentado se acentuó aún más con las denominadas leyes laicas (1884-1885), donde elementos como los cementerios, los matrimonios y los registros de nacimientos pasaron de ser administrados por la Iglesia ser dirigidos por el Estado. En este punto el Estado no era laico, sino que más bien se había laicizado, pues las leyes laicas obedecían a la lógica de la separación entre ambas esferas y no al control de una sobre la otra (Pacheco 2004), en otras palabras, las leyes laicas comenzaron a romper el monopolio católico, pero el Estado lo siguió siendo hasta la ya mencionada constitución de 1925.

Ante todo lo expuesto, es innegable que en Chile se desarrolló y se consolidó una institucionalidad laica. No obstante la secularización, como fenómeno cultural que alude a la vida privada de los sujetos, no ha sido incorporada de forma plena en la sociedad¹ (Casanova 1999). En este sentido sería irrisorio señalar que las tradiciones religiosas permanecen incólume desde el siglo XIX, pero pese al auge en los estilos de vida seculares “la religión no se ha vuelto irrelevante como “comunidad de interpretación” en numerosos asuntos sociales y morales” (Habermas 2008, 3), es más, en algunas ocasiones pareciera relacionarse estrechamente con la modernidad a través de elementos que son propios de esta última.

¹ Es evidente que Latinoamérica, y por consecuencia Chile, han experimentado procesos de laicismo que han direccionado a los Estados hacia dicha condición (Estados laicos). Una condición cuestionable debido al grado de injerencia que posee la Iglesia sobre ciertos Estados, sin embargo existe una separación institucionalizada. Ante tal panorama cabría preguntarse por qué en los países de Latinoamérica se materializó un proceso laicización y no de secularización (al menos no de forma plena), si bien este elemento no está del todo relacionado con la investigación sería una contribución significativa para comprender el escenario sobre el que se sitúa ésta, y los sujetos colaboradores que la componen. En este ámbito, refiriéndose a los latinoamericanos, Düssel (1986) señala que los cristianos de dicha zona “al no poder alcanzar por su estado de opresión, pobreza, sobreexplotación, los bienes cotidianos de subsistencia (salud, alimento, trabajo, casa, educación, etc.), encomiendan dichos bienes al patrono, al santo, a la divinidad que otorga por milagro [...] el objeto deseado” (107). Si bien en esta declaración Düssel se refiere a los diversos tipos de religiones populares que existen en Latinoamérica, la idea es extrapolable al cualquier tipo de espiritualidad que se sitúe en una zona del así llamado tercer mundo.

1.4 ADVENTISMO: HISTORIA Y CARACTERÍSTICAS.

Resulta interesante abordar la trayectoria de un pueblo protestante como el adventista en un escenario como el chileno, en donde la espiritualidad se ha encontrado históricamente monopolizada por el catolicismo. Bajo este paradigma, las leyes laicas dictadas hacia finales del siglo XIX adquieren una relevancia considerable, decantando no sólo en una eventual separación de la Iglesia Católica y el Estado, sino también en una disputa por controlar los aspectos más significativos de la vida trayectoria vital (el nacimiento, la madurez sexual (p. ej. matrimonios) y la muerte).

Además, se presentó un fenómeno que agudizó aún más la conflagración antes descrita: dicho fenómeno radicaba en la constante llegada e instalación de protestantes que provenían de Norteamérica y de Europa (Biblioteca Nacional de Chile 2018). Estos inmigrantes al ser de una espiritualidad ajena al catolicismo, poseían serios problemas al momento de desarrollar prácticas propias de todo ser humano, como por ejemplo, sepultar a sus muertos. Dichos inconvenientes se debían a que los cementerios al ser administrados por la Iglesia Católica no admitían que tales herejes yacieran en sus dependencias. Con esta problemática de por medio, la política chilena se encontraba totalmente polarizada y emanaban al respecto distintas opiniones o puntos de vista, como los inmortalizados dichos del diputado Puelma Tupper:

“Se trata de que al lado de Perico abuelo, que era católico, se pueda enterrar a Perico hijo, que no cree en la infalibilidad del Papa, y al lado de éste, Perico nieto, que apenas es deísta, y a Perico bisnieto que no sabe nada de creencias y que tal vez lo llamen enemigo de Dios” (Serrano 2008, 242).

Otros ejemplo claro de toda esta dicotomía es lo vivenciado por Benjamín Vicuña Mackenna al encontrar cuantiosos cadáveres de protestantes en el Cerro Santa Lucía. En el lugar instaló una lápida que evoca lo siguiente: “A la memoria de los expatriados del cielo y de la tierra, que, en este sitio, yacieron depositados durante medio siglo, 1820-1872. Setiembre de 1874, B.V.M” (León 1997, 41).

En otras palabras, las leyes laicas (1883-1884) aparte de contribuir a la futura separación de la Iglesia y el Estado, generaron una apertura a la llegada y proliferación de otras creencias como lo son las protestantes. Es en medio de este escenario espiritualmente convulsionado que llegaron los primeros adventistas desde Europa y posteriormente de

Estado Unidos. No obstante, previo a la observación del adventismo en Chile se realizará un breve repaso de sus orígenes y posterior expansión.

En lo que respecta al devenir histórico de la Iglesia Adventista de Séptimo Día (IASD), este se origina en Estados Unidos durante la primera mitad del siglo XIX, específicamente a raíz de un movimiento religioso llamado *Millerita*. Este incipiente movimiento se concentraba en la figura de William Miller (1782-1849) quien predicaba el inminente regreso de Jesús a la tierra, dicha proclamación “se extendió por todo el territorio de los Estados Unidos (...) basado en la profecía de los 2300 días de Daniel 8:14” (Quispe, Burt y Timm 2013, 17).

William Miller era un agricultor de Nueva York que poseía un profundo interés en la instrucción académica, dicho interés si bien no se materializó en estudios universitarios, una vez que se trasladó a Poultney, Vermont, lo llevó a tener contacto con intelectuales deístas y a rechazar la instrucción cristiana que se le inculcó durante su niñez. Posteriormente, al participar en la guerra de 1812 tomó la decisión de retomar su vida cristiana, fue en este punto cuando realizó un estudio exhaustivo de la Biblia y llegó a la conclusión de que Jesús retornaría a la tierra (McFarland 2006).

En un inicio comenzó predicando solo en congregaciones pequeñas del Estado de Nueva York y no fue hasta que conoció al ministro de Conexión Cristiana Joshua V. Himes, quien lo invitó a predicar en Boston, que tuvo acceso a ciudades de mayor envergadura. Fue en este momento (impulsados por Himes) que los *milleritas* comenzaron a hacer uso de elementos modernos, ya que la imprenta se transformó en su principal medio de propagación, elemento que permanece incólume hasta la actualidad.

En un comienzo lo que Miller y Himes predicaban era que el Mesías vendría alrededor de 1843. Pasado este año el *millerita* Samuel S. Snow, debido al análisis de ciertas ideas judías ortodoxas, llegó a la conclusión que el Mesías volvería el 22 de octubre de 1844. Al no suceder dicho acontecimiento se produjo lo que los adventistas llaman el “gran chasco” (Quispe et al. 2013), una situación cargada de desesperanza que ocasionó la dispersión entre los seguidores de Miller.

Es en medio de toda esta confusión que emergen los Adventistas Sabatistas, un grupo encabezado por Joseph Bates, James White y Ellen G. de White. El primer fundador otorgo las bases de doctrinas fundamentales -como por ejemplo la observancia del sábado-, el segundo fue el máximo pionero en cuestiones organizacionales y, finalmente, Ellen G. de White, considerada profetiza entre los adventistas, fue la encargada de manifestar la voluntad divina. Sin embargo, pese a este avivado comienzo, no fue hasta 1863, y después de largas disputas sobre si se debía hacer o no, que el grupo de creyentes se organizó de forma oficial eligiendo cargos y desarrollando una estructura determinada (Schwarz y Greenleaf 2002).

De esta forma el grupo de creyentes comenzó una expansión geográfica sin precedentes. En primer lugar fue hacia Europa, con John N. Andrews embarcándose en 1874 desde el puerto de Boston. Andrews se encargó de predicar el mensaje adventista específicamente en Suiza donde muere de tuberculosis en el año 1883. Abordando este proceso De Oliveira (1986) señala:

“En efecto, el embarque de Andrews fue uno de los grandes momentos de nuestra historia. El adventismo retomaba en ese momento la herencia apostólica, e iniciaba una gloriosa epopeya marítima, que con el transcurso de los años habría de darle una extraordinaria dimensión internacional” (224).

Dicha dimensión no tardó en manifestarse ya que paulatinamente el adventismo se esparció por distintos puntos del orbe como, por ejemplo, Australia, Nueva Zelanda, Europa Oriental, partes de la India, etc. Paralelamente a esto, Latinoamérica también se convirtió en un polo de atracción misional, siendo Argentina y Brasil los primeros países con una presencia adventista considerable.

En el caso chileno la presencia adventista se manifestó por primera vez en 1885 con la llegada de los inmigrantes franceses Claudio Dessignet y su esposa Antonieta S. de Dessignet, quienes se radicaron como colonos en las cercanías de Chanco, actual región de la Araucanía (Pacheco, W. 2004, 11). Posteriormente, en el año 1891, el británico Clair A. Nowlin hace su llegada al Rio de la Plata y, tras recorrer gran parte del sur de Argentina, se introduce en Chile a través de la Patagonia. Sin embargo, en cuanto a prosélitos, su estadía en el país no fue muy fructífera llegando hasta Valparaíso sin mayores éxitos (Plenc 2013, 64).

En dicha ciudad, en el año 1894, recibiría a quienes introdujeron de forma significativa el adventismo en Chile: los vendedores de biblias Fred Bishop y Thomas Davis. Ambos Norteamericanos arribaron a la zona en condiciones económicas bastante precarias, además de estrellarse con cuestiones propias de la inmigración como lo son la barrera idiomática. Desde este punto focal la actividad misionera se extendió hacia el norte donde conocerían al ojalatero Julián Ocampo (específicamente en la localidad de Huara), quien años más tarde (1896) sería el primer pastor adventista chileno (Nuevo Tiempo 2013).

Hacia 1896 el adventismo se había propagado a nuevas latitudes, como por ejemplo San Felipe y Santiago donde destacan conversos como el pastor bautista de apellido Balada y los hermanos Víctor y Eduardo Thomann. Cabe señalar que estos últimos conocieron a Davis y a Bishop en condiciones bastante peculiares. Cierta día, en la calle Alameda, mientras los misioneros intentaban aprender español usando la Biblia como libro de texto, el joven Víctor Thomann los oyó y ayudo en su adquisición del idioma. Poco tiempo después, él y su hermano estaba vendiendo los pocos folletos adventistas en castellano que había disponibles (Schwarz y Greenleaf 2002, 222). Este incipiente trabajo de publicaciones ocasionó que el mensaje se asentara no sólo en Santiago, sino que en gran parte del país.

En años posteriores (1897), el mensaje adventista se divulgó hacia localidades como Angol, Los Ángeles, Mulchén, Victoria y Perquenco, dando espacio a la organización de nuevas iglesias como la de Pitrufulquen en 1906 y a instituciones educativas como el colegio de Púa en el mismo año². Sumado a lo anterior, se desarrollan incursiones al extremo sur del país donde se organizaron iglesias como la de Punta Arenas en 1918 (Plenc 2013, 38).

En lo que respecta a la ciudad de Valdivia, el punto focal de esta investigación, no existe una claridad en cuanto a los inicios de la iglesia. Sin embargo, el entrevistado de mayor edad (nacido en 1944) y su familia ya eran parte de la congregación en el momento de su nacimiento. Por aquellos años la *hermandad* se reunía en un edificio que se situaba en la calle Beauchef, frente a lo que ahora es la 1° Comisaría de Valdivia y, según recuerda nuestro colaborador, el grupo de creyentes bordeaba las ochenta personas (Hombre 74 años,

²Dicho establecimiento se trasladó a la ciudad de Chillan en 1922, donde actualmente se sitúa la Universidad Adventista de Chile y una cuantiosa comunidad adventista.

septiembre 2018)³. Tomando en consideración estos elementos, y cuestiones de alcance geográfico, como la llegada del adventismo a las localidades de Pitruquén (1906) y de Punta Arenas (1918), los inicios de la IASD en Valdivia debiesen situarse entre la década del veinte y la década del treinta del siglo XX.

Posteriormente en 1954 aproximadamente, por cuestiones de arriendo, los feligreses se vieron en la necesidad de trasladarse al sector de Las Animas y congregarse en la casa de un miembro de la Iglesia de apellido Contreras. Fue en este punto, donde se realizó una campaña de recolección para poder optar a un edificio propio, este proyecto, según indica la información recogida, iba a materializarse en un sitio de la calle Ismael Valdez. Sin embargo, por cuestiones de ubicación, se terminó por construir en el terreno donde actualmente está la IASD Central en Av. Ramón Picarte #1040. En aquel entonces se realizó una campaña de evangelismo dirigida por el pastor Salim Japas donde ochenta y un personas se adhirieron a la Iglesia.

“La campaña se inició el 7 de octubre de 1961, aprovechando la inauguración del nuevo templo (...). Para ese primer acto estuvieron presentes las principales autoridades comunales y de la provincia (...). Radio Baquedano transmitió (...) la primera conferencia dictada por el pastor Japas sobre el tema: El secreto de la felicidad. Miles de personas escucharon en sus hogares la irradiación y quizás, por primera vez en su vida, oyeron la palabra adventista” (Cameron 1962, 17).

A partir de aquel momento, la congregación se comenzó a extender por toda la ciudad, en primer lugar hacia el sur, en donde muchas familias fueron reubicadas producto del terremoto de 1960. Este incipiente grupo, constaba con aproximadamente cuarenta feligreses, los cuales después de reunirse en varios lugares y realizar diversas campañas, compraron el terreno donde hoy se sitúa la IASD Alborada en Rubén Darío #268. Esta estructura es bastante conocida entre los adventistas de Valdivia por haber sufrido un catastrófico incendio. Sin embargo, fue reconstruida y de ella emergieron las Iglesias que actualmente se encuentran en Av. Argentina, en Yáñez Zabala y en la población San Pedro (Hombre 74 años, septiembre 2018)⁴.

³ A lo largo de la presente investigación este será el método para referirse a los entrevistados o colaboradores. Al tratarse de un proceso donde la voluntariedad y el anonimato son indispensables, su identificación siempre se manifestara en base a cuatro factores: su sexo, su edad, el mes y el año en que se generó la conversación o entrevista.

⁴ En este punto de la reconstrucción histórica es apropiado señalar que las fuentes escritas son insuficientes, por lo que se hará un constante uso de testimonios para extraer las pesquisas necesarias. Sin embargo, es

Tomando en consideración todas estas misiones y su expansión resultante, era propicio que la estructura definida 1863 se modificara. Actualmente la IASD distribuye su administración en catorce divisiones que cubren partes delimitadas del mundo. Ejemplo de esto son la división Sur-América, Transeuropea, Africana Centro-Oriental, etc. Estas entidades a su vez se dividen de forma progresiva y decreciente, primero en las llamadas uniones, posteriormente en las llamadas asociaciones y finalmente en los distritos que son administrados por los pastores locales. Toda esta estructura es dirigida por la asociación general que se encuentra en Washington, Estados Unidos.

En lo que se refiere a sus creencias la denominación se caracteriza por poseer veintiocho principios fundamentales, de los cuales la misma IASD (2007) señala lo siguiente: “Los Adventistas del Séptimo Día aceptamos la Biblia como nuestro único credo y sostenemos una serie de creencias fundamentales basadas en las enseñanzas de las Sagradas Escrituras” (5). Entre sus creencias más relevantes, y que la distinguen de otras denominaciones protestantes, está la observancia del sábado como día en que se conmemora la creación y donde el creyente se desliga de todas sus ocupaciones para tener un tiempo de comunión con la divinidad. Sumada a ésta se sitúa la creencia en que el Mesías retornará por segunda vez a la tierra para establecer un reino totalmente ajeno a este mundo, en donde el mal es erradicado y el bien lo gobierna todo.

Estas creencias, esta forma de organizarse, esta historia, son los elementos que componen y entregan identidad al grupo de creyentes. Identidad que actualmente se encuentra inmersa en una sociedad con altos niveles de secularización y escepticismo (elementos modernos), que en reiteradas ocasiones alude a este tipo de identidades como formas retrogradas y obsoletas de concebir el mundo y de interpretación de distintos procesos ético-morales.

necesario dejar en claro la relevancia que posee la memoria como fuente de información, no solo ante la escasez o inexistencia de material escrito (prensa, libros, crónicas, diarios de vida, etc.), sino que como una metodología autónoma de la cual se puede recabar información confiable y de calidad. En lo que se refiere particularmente a este trabajo, el contacto con fuentes vivas será un elemento medular y sustento clave para los distintos análisis. Dicho proceso también se hará presente al reconstruir la historia de la IASD en Valdivia, siendo la cotidianeidad de los testimonios un relato representativo de un proceso mucho mayor.

1.5 LA MODERNIDAD Y SU IMPACTO EN EL ADVENTISMO.

Concerniente al eje central de la investigación, que es la relación entre el adventismo y la modernidad, la IASD surge como una denominación protestante bastante peculiar, ya que también se ha visto influenciada e impactada por elementos intrínsecos de la modernidad. Respecto a esto, el teólogo adventista Fernando Canale (2011) señala que cualquier observador de la historia de esta iglesia:

“Sabe que el estilo de vida adventista no es lo que solía ser. Ya que todo lo que ocurre tiene una causa, deberíamos asumir que los cambios en el estilo de vida surgen a partir de convicciones más profundas, sean éstas teológicas o relacionadas con la experiencia.” (87).

Sin embargo, a pesar de lo anteriormente dicho, la Iglesia se ha inmiscuido en ámbitos como la salud (clínicas, sanatorios y programas), la educación (colegios y universidades) y los medios de comunicación (Radio, televisión y redes sociales). Todos elementos que comúnmente se atribuirían a un contexto más bien secularizado pero que, en este caso, se traducen en un claro beneficio para la comunidad eclesiástica y para el cumplimiento de sus objetivos evangelizadores.

En el caso de la educación, por ejemplo, con la modernidad surgió la idea de que la razón estaba por sobre todo, en este punto comienzan a cobrar relevancia las universidades consideradas como centros del saber. Actualmente, en un intento de relacionar de forma íntegra la fe con la razón, “la Iglesia Adventista del Séptimo Día consta con 8.208 unidades educativas en todo el mundo” (IASD 2016), transformándose en un medio significativo para pregonar sus doctrinas e ideas.

La instauración de entidades educativas no es más que una muestra de la importancia que otorga la congregación a la intelectualidad y al conocimiento, no obstante, su uso siempre debe situarse bajo el amparo y dirección de la divinidad. En esta línea White (2006) señala:

“Cada ser humano, creado a la imagen de Dios está dotado de una facultad semejante a la del Creador: la individualidad, la facultad de pensar y hacer (...). La obra de la verdadera educación consiste en desarrollar esta facultad, en educar a los jóvenes para que sean pensadores y no meros reflectores de los pensamientos de otros hombres.” (p.17).

Sumado a esto es pertinente señalar a los ya mencionadas centros de salud, instituciones donde destacan perspectivas cristianas sobre la vida y la curación como medio

para ayudar al prójimo, elementos que son una amalgama al vincularse con cuestiones propias de la medicina moderna, con el conocimiento científico y con la instrucción académica de sus profesionales.

Por otro lado, y como ya se mencionó en el capítulo anterior, la imprenta (un elemento característico de la modernidad y de la reforma protestante) es un pilar fundamental para la congregación desde sus orígenes, permitiéndoles divulgar sus principios, creencias y objetivos evangelizadores. Actualmente la IASD cuenta con sesenta y un editoriales e imprentas, las cuales publican en treientos setenta y cinco lenguajes y dialectos. Entre algunas de sus publicaciones, y aludiendo a temas que se relacionan con un pensamiento secularizado, destacan los siguientes: “La ciencia histórica y la fe” (2007) de Juan Carlos Priora, “Fe y ciencia” (2012) de Gibson y Rasi, “Evolución imposible” (2015) de Ashton, entre otros.

Finalmente se añaden los medios de comunicación masivos, que si bien se consolidaron durante la Era de la información (mediados del siglo XX) y no en los inicios de la modernidad, son un móvil de ideas y estilos de vida secularizados que en su origen no tenían la intención de propugnar ideas cristianas. No obstante, la denominación aquí abordada ha conseguido hacer usufructo de estas plataformas. En este aspecto, el canal adventista sudamericano Nuevo Tiempo (2004) señala que su misión es “acercar el evangelio eterno de Salvación de manera atractiva a la mayor cantidad posible de personas (...) buscando tocar preferentemente a aquellos segmentos difíciles de alcanzar por otros medios; apoyar, animar y acompañar a los miembros de la Iglesia”.

Por otro lado, y a pesar del proceso de modernización en que se ha embarcado la denominación, ésta no ha perdido del todo su tradición o lo que siempre la ha caracterizado. Una muestra clara de esto es el estudio constante de la Biblia. Es más, “dentro de la liturgia de los sábados existe un espacio denominado Escuela Sabática, en el cual los creyentes se reúnen a estudiar y debatir las enseñanzas de la Biblia” (Bravo, 2016, 120). Este es un espacio en el que también se ven involucrados los menores, debido a que se dividen por rangos etarios.

Es por ello que resulta significativo que la relación entre religiosidad y modernidad se aborde desde el adventismo, ya que el vínculo que existe entre ambas (al menos en un

segmento de la congregación), desde una primera mirada, pareciera ser una dicotomía de beneficio y perjuicio, o en términos espirituales de bendición y maldición. Refiriéndose a esta hipótesis, uno de los entrevistados (2018) señala lo siguiente:

“...espero no estar equivocado, pero creo que debemos utilizar la modernidad desde la religiosidad, usar todo lo que hoy existe, analizarlo estudiándolo con ojo crítico y viendo que es útil para llegar a aquellos que están en búsqueda de un camino, el cual el adventismo puede mostrar con el compromiso de acompañar a caminar por este. Creo que le tenemos miedo a la modernidad porque no sabemos cuánto poder tiene la fe y lo peor, no nos interesa ver más allá de lo que podemos ver (...). La relación podría mejorar si nos pusiéramos a estudiar y analizar todo lo que venga a nuestra mano, nos falta estudio, conocimiento, cultura, educación por lo tanto a todo lo que le tenemos es porque no lo conocemos por ende al no conocerlo, lo destruimos o demonizamos” (Hombre 35, junio 2018).

En este punto de la dicotomía, y tal como se expuso al empezar este capítulo, el ciclo vital y, específicamente, la crianza juegan un rol fundamental. Es en ese momento cuando se inculcan los valores y principios que posteriormente, a lo largo de la trayectoria de vida, se verán enfrentados, tensionados o conjugados, dependiendo de cada vivencia particular, con la modernidad y todo lo que ésta conlleva.

En síntesis, y partir de todo lo expuesto, resulta propicio preguntarse si las creencias y prácticas adventistas que son inculcadas en la niñez y las en las etapas directamente posteriores, pueden perdurar hasta a la adultez (la perdurabilidad a través del ciclo de vida), tomando en consideración todos los elementos de la modernidad a los que se ven expuestos. Por consiguiente, también es necesario preguntarse cuáles son esos elementos que ocasionan la modificación, negación o permanencia del ideario adventista.

Finalmente, en lo que concierne a la pertinencia e importancia de la investigación aquí presente, ésta radica en que si bien existen cuantiosos escritos sobre el cristianismo protestante en general o sobre la relación que posee la religión con la modernidad, existen muy pocos sobre la Iglesia Adventista del Séptimo Día y casi ninguno sobre la trayectoria espiritual desde la niñez a la adultez en los miembros de esta Iglesia, y esto sin tomar en consideración que se está abordando la ciudad de Valdivia, en una de las regiones más apartados del planeta, el sur austral de Chile.

2.- CAPÍTULO II: ASPECTOS METODÓLOGICOS

2.1 PREGUNTA DE INVESTIGACIÓN

La presente investigación se estructura en torno a la pregunta:

¿Qué elementos de la modernidad condicionan la perdurabilidad de las creencias adventistas desde la niñez hasta la adultez?

La pregunta antes expuesta, pretende abarcar todas las dimensiones de la investigación, desde la relación entre modernidad y religiosidad, hasta las historias de vida de cada adventista entrevistado. La respuesta a dicha interrogante, procurará dejar en evidencia qué factores de la modernidad perjudican o perpetúan la estabilidad-permanencia de los creyentes dentro de la denominación.

2.2 OBJETIVOS DE INVESTIGACIÓN.

2.2.1 Objetivo general:

Comprender los elementos de la modernidad que condicionan la perdurabilidad de las creencias religiosas entre los adventistas.

Tal como se mencionó en el encabezado, el objetivo general de esta investigación es en primer lugar, identificar qué elementos de la modernidad permiten la permanencia, modificación o negación de las creencias adventistas a medida que transcurre el tiempo, específicamente desde la niñez hasta la adultez. Posteriormente, con los elementos ya identificados se procederá a examinar en profundidad cada uno de ellos con el fin de extraer y plasmar las conclusiones correspondientes.

2.2.2 Objetivos específicos:

- *Identificar distintas experiencias espirituales en los feligreses de la Iglesia Adventista.*
- *Analizar los distintos aspectos de la modernidad que condicionan la espiritualidad adventista.*
- *Comprender las diversas definiciones de modernidad que poseen los adventistas.*
- *Analizar en qué rango etario se produce la tensión o consolidación del adventismo.*

2.3 ENFOQUE METODOLÓGICO Y TÉCNICAS.

En el presente trabajo se ha utilizado un enfoque metodológico del tipo cualitativo, el cual se ha manifestado a través de una serie de técnicas, específicamente la entrevista en profundidad, la observación participante, la revisión bibliográfica y el análisis de documentos. Dichos métodos son los apropiados para el fin último de esta indagación ya que la primera técnica mencionada proporciona información sobre experiencias íntimas-personales y la segunda sobre prácticas concretas. En lo que se refiere a la revisión bibliográfica y al análisis de documentos, estas han permitido sentar las bases de la presente investigación, otorgando premisas conceptuales e históricas indispensables.

La utilización de una metodología cualitativa ha sido indispensable en esta investigación. Entre sus virtudes están la profundidad que ofrece, permitiendo un análisis mucho más exhaustivo del que podría brindar la metodología cuantitativa. En relación a los entrevistados o colaboradores, el enfoque cualitativo “busca comprender la perspectiva de los participantes (...) acerca de los fenómenos que los rodean, profundizar en sus experiencias, perspectivas, opiniones y significados, es decir, la forma en que los participantes perciben subjetivamente su realidad” (Hernández et al. 2018, 364). Sumado a esto, es pertinente señalar que la temática aquí abordada es prácticamente inexplorada, por ende la metodología de tipo cualitativa se torna especialmente valiosa.

2.3.1 Entrevista en profundidad

Como ya se mencionó con antelación, la primera técnica de investigación a utilizar será la entrevista en profundidad ya que dicha técnica permitirá abordar la temática desde una perspectiva más íntima pero a la vez siendo reflejo de un fenómeno mucho más amplio. El tipo de entrevista utilizada ha sido la semiestructurada, otorgando a la conversación un margen más extenso de perspectivas y subtemas. Este proceder ha permitido extraer información más detallada y de mejor calidad. En esta misma vertiente y solventando lo antes mencionado, Hernández, Fernández y Baptista (2010) señalan que:

“...las entrevistas cualitativas deben ser abiertas, sin categorías preestablecidas, de tal forma que los participantes expresen de la mejor manera sus experiencias y sin ser influidos por la perspectiva del investigador o por los resultados de otros estudios; asimismo, señala que las categorías de respuesta las generan los mismos entrevistados” (418).

En relación a este último punto, es necesario acotar que al generar sus propias categorías de respuesta, los entrevistados otorgarán los principales contenidos a la presente investigación que, como se ha dicho antes, es de carácter exploratorio. Las respuestas de los entrevistados determinarán las posteriores categorías de análisis y, por ende, los ejes fundamentales de esta pesquisa. Para esto es indispensable acudir a la experiencia íntima de los colaboradores y evitar, en la medida que sea posible hacerlo, todo preconceito o sesgo a la misma.

De acuerdo a la presente técnica de investigación los sujetos a entrevistar deben haber sido criado en la cosmovisión y prácticas adventistas, más allá de su condición actual para con el credo. Este factor es indispensable para la investigación, después de todo, la religiosidad del sujeto junto con su experiencia de modernidad proporcionan la dicotomía que influye, en mayor o menor medida, sobre su relato.

Por otro lado los sujetos son divididos por género y por rango etario, conformando dos grupos: uno de hombres y uno de mujeres, los cuales a su vez son subdivididos en sujetos que posean de 29 a 45 años y 46 años o más. Estos rangos son adecuados para evidenciar de forma detallada la trayectoria espiritual del adventismo, permitiendo la observación de diversas experiencias en distintas épocas. Dicho de otra manera, es un rango suficiente para realizar un análisis que abarque cierta variedad de experiencias de manera detallada y en profundidad.

En lo que respecta a la condición espiritual actual de los entrevistados o a su presente vida eclesiástica, no se busca una orientación preestablecidos (si es una relación de tensión o continuidad para con la Iglesia), más bien se busca identificar los elementos que condicionaron el estado actual del sujeto y que lo llevaron a ser quien es en el presente.

Las 16 entrevistas realizadas se llevaron a cabo en la ciudad de Valdivia entre los meses de junio y septiembre del año 2018, colocando especial realce en los últimos dos meses (agosto y septiembre). La categorización básica de los entrevistados se resume en la siguiente tabla:

SEXO	EDAD	ENTREVISTADOS
Hombres.	29 – 45 años.	4 colaboradores.
	46 años o más.	4 colaboradores.
Mujeres.	29 – 45 años.	4 colaboradores.
	46 años o más.	4 colaboradores.

2.3.2 Observación participante

La segunda técnica de investigación que se utiliza en este trabajo será la de observación participante. Esta técnica permitirá aproximarse directamente a las principales instancias en que tanto los niños como los adolescentes adventistas son instruidos en el ámbito doctrinal y espiritual. Estos escenarios nos permiten aproximarnos a las formas concretas y cotidianas en que es socializada la creencia adventista, así como los gestos, lenguajes e interacciones a partir de los cuales la educación se hace cuerpo e interioriza en el marco de una relación colectiva de aprendizaje. Dichos resultados se obtienen mediante la observación de los diferentes ritos que se desarrollan en una práctica determinada, como lo son la oración, la lectura de la biblia, el congregarse y el entonar canticos.

Expuesto todo lo anterior, y con el fin de erradicar cualquier tipo de confusión, resulta apropiado reparar en que la observación cualitativa “no es mera contemplación (“sentarse a ver el mundo y tomar notas”); implica adentrarnos en profundidad a situaciones sociales y mantener un papel activo, así como una reflexión permanente. Estar atento a los detalles, sucesos, eventos e interacciones” (Hernández et al. 2010, 411). Dicho de otra manera, la observación participante conllevaba un proceso de interpretación y no radica en una simple acción cotidiana de ver sino que en un ejercicio mucho más complejo del que emergerán una serie de conclusiones e inferencias que sin lugar a dudas contribuirán a la presentación aquí expuesta.

En síntesis, la observación participante permitirá la exploración de determinados ambientes y servirá principalmente como para contextualizar las prácticas mencionadas con anterioridad. Esto permitirá “comprender procesos, vinculaciones entre personas y sus situaciones o circunstancias, los eventos que suceden a través del tiempo, los patrones que se

desarrollan, así como los contextos sociales y culturales en los cuales ocurren las experiencias humanas” (Jorgensen, 1989).

Respecto al observador, es obvio que al ser una técnica cualitativa debe poseer una participación activa dentro del proceso analizado, sin embargo, esa participación puede variar de nivel dependiendo de la postura que tome el observador (Hernández et al. 2018). En lo que se refiere específicamente a esta investigación, el nivel de participación ha sido completo, esto se debe a la oportunidad que he tenido de realizar mi práctica profesional en el Colegio Adventista de Valdivia y por lo tanto convivir con los diferentes ritos y/o prácticas que allí se manifiestan.

Como ya se vislumbró con antelación, las observaciones se llevaron a cabo en las dependencias del Colegio Adventista de Valdivia entre los meses de agosto a septiembre del año 2018.

2.3.2.1 prácticas y actores sociales.

A continuación se presentan las principales prácticas a partir de las cuales se socializan los contenidos de la religión Adventista entre los creyentes. Estas se concentran en el espacio escolar donde se realizó la observación participante para esta investigación. Se especifican también los actores sociales involucrados en dichas prácticas con el fin de dar claridad respecto a las relaciones sociales que han sido observadas y a partir de las cuales se han obtenido parte de los relatos de esta investigación.

Por otra parte, los escenarios que se procederán a describir son aquellos donde los adolescentes y jóvenes (etapa del ciclo vital donde se producen las mayores tensiones entre la modernidad y la religiosidad) son instruidos en el ámbito religioso-espiritual y de alguna forma son preparados para resistir a agentes externos que de alguna forma vulneren su relación con Dios. Este proceso se desarrolla mediante el establecimiento de algunas prácticas e ideas que se generan en estos espacios.

- Escuela sabática

Como ya se mencionó en la problematización, todos los días sábados los miembros de la Iglesia Adventista del Séptimo Día se reúnen a estudiar la Biblia en un espacio que ellos denominan la Escuela Sabática. Este espacio se caracteriza por el estudio de diversas

temáticas en base a un cuadernillo que se denomina como el Folleto de Escuela Sabática o la Guía para el estudio de la Biblia. Esta guía trae un tema para cada semana y un subtema para cada día, instando a un estudio diario que posteriormente será repasado el día sábado.

Esta instancia posee un fuerte simbolismo ya que deja en evidencia una característica esencial de los adventistas: su fidelidad a la Biblia y a los preceptos que en ella se encuentran. Por otro lado, cabe señalar que todos los miembros de la Iglesia pueden participar en este espacio. En el caso de los niños, por ejemplo, son divididos por rango etario y también poseen una guía de estudio de acuerdo a su edad e intereses correspondientes.

En esta práctica, los actores sociales que participan son básicamente dos: por un lado están los alumnos o miembros de clase y, por el otro, el maestro/a de Escuela Sabática, este último es designado por la misma clase y en el caso de los niños es elegido por los líderes de la iglesia. Dentro de sus atribuciones está el orquestar las conversaciones y/o actividades del día sábado, teniendo como base lo que se estudió durante la semana.

Sumado a todo esto, el maestro tiene la responsabilidad de visitar a los miembros de su clase y, hasta cierto punto, velar por el buen estado de sus vidas espirituales. En cuanto a los miembros de la clase, todos tienen la responsabilidad de estudiar para que la conversación sea más nutritiva en términos espirituales, es decir, es una instancia de apoyo mutuo, además de orar constantemente por los miembros de su clase.

- Clase de religión

Como bien se puede inferir, las clases de religión realizadas en el Colegio Adventista de Valdivia constan de dos horas pedagógicas (45 minutos c/u) semanales, donde al igual que en otras clases existen dinámicas preestablecidas para cada uno de los participantes y/o miembros de la clase. En este sentido destacan la utilización de un libro de estudios, la utilización de un libro de clases y por supuesto el uso de métodos didácticos que orientan el proceso de enseñanza-aprendizaje.

En el punto donde se producen las diferencias es al abordar el contenido de la clase, el cual obviamente está direccionado hacia los ámbitos doctrinales, espirituales (en un nivel personal), metafísicos y el estudio de la Biblia. En cuanto a las prácticas desarrolladas en la clase, resalta el hecho que ésta se subdivide ya que un grupo de alumnos voluntariamente

sale para dirigirse a una clase bíblica, donde se realiza un estudio profundo de la Biblia (que será descrito posteriormente).

En lo que se refiere a los actores sociales involucrados en esta práctica, ésta podría contar con un número cuantioso si se tomaran en consideración agentes indirectos como directivos del establecimiento, apoderados, figuras eclesiásticas, entre otros. No obstante, si se aboca a los sujetos que participan de forma directa en esta práctica, con toda seguridad sobresaldrían dos: por un lado el profesor y por otro lado el alumno, los cuales entablan una relación jerárquica y asimétrica como la mayoría de los vínculos que entrelazan a un docente y un estudiante.

En cuanto a las dinámicas y funciones que cada uno de los involucrados desarrolla, destaca la figura del profesor como un referente de espiritualidad, el cual tiene como objetivo entregar conocimiento y guía en el ámbito doctrinal y espiritual, todo esto con la intención de que sus oyentes lo pongan en práctica en sus vidas cotidianas. En cuanto a los alumnos, estos poseen un rol medianamente activo, en el cual intervienen u opinan dependiendo de la actividad o etapa de la clase.

- Cultura cristiana

Esta instancia es básicamente un culto de adoración que dura 45 minutos y que se desarrolla en el templo del Colegio Adventista de Valdivia. Dicha liturgia tiene como particularidad que es organizada por los alumnos de un determinado curso. Esto se realiza en base a una organización de turnos y por rango etario, por ejemplo, los alumnos de 1° y 2° medio tienen cultura cristiana todos juntos y la dirige de forma progresiva un curso por semana.

Este escenario consta con una sección de adoración donde se entonan cantos con una clara esencia juvenil, todo con el fin direccionar la atención de los jóvenes hacia el ámbito espiritual propio del momento. Sumado a esto hay momentos de oración en donde se insta a los alumnos a comunicarse directamente con la divinidad y aterrizar a esta última en un plano mucho más personal e íntimo. Finalmente se efectúa un breve sermón o predica realizada por algún profesor, alumno o invitado que tiene como propósito inculcar una enseñanza ética-moral siempre precedida por la Biblia.

Sin lugar a dudas los actores que circulan por este escenario son un poco más complejos ya que al ser esto un culto de adoración y no una clase cotidiana los roles tienden a dinamizarse y diversificarse. Sin embargo, la estructura básica sigue siendo muy similar a la clase de religión, es decir, basada en el vínculo o relacionamiento jerárquico que se establece entre un profesor y sus alumnos.

Por un lado, la peculiaridad de esta práctica radica en que algunos alumnos ya no son sólo receptores sino también generadores de ésta, asumiendo, hasta cierto punto, un rol de enseñanza. Por otro lado, los profesores adquieren un rol pasivo -a no ser que tengan a su cargo el sermón donde, obviamente, se tornan agentes poseedores y expositores de la espiritualidad-, donde solo se dedican a mantener el orden, el respeto y la reverencia dentro del templo y por supuesto a lo largo de toda la liturgia.

- Clase bíblica

La clase bíblica es lo que los adventistas denominan como un curso bíblico: una intervención personalizada en la comunidad donde los feligreses ofrecen cursos para poseer un conocimiento más acabado de la Biblia y, posteriormente, ser parte de la congregación. La práctica es colectiva y de desarrolla dentro del establecimiento educacional. Como ya se mencionó con antelación, esta instancia es voluntaria por lo que asisten a él todos los alumnos que posean algún interés en la actividad.

La Clase Bíblica posee una estructura de pregunta-respuesta que siempre está respaldada por un texto bíblico. Es en este proceder donde el maestro bíblico, que en este caso es el capellán del establecimiento, va guiando a los alumnos a través del estudio. En este punto es pertinente acotar que los estudios son progresivos, es decir, que su contenido es cada vez más complejo o más profundo a medida que transcurre el tiempo.

Por una lado, en lo que respecta a los actores sociales se repite la dualidad entre el maestro y el alumno (elementos observados en la escuela sabática y en la clase de religión), destacando una vez más la relación de enseñanza y aprendizaje donde el alumno debe tener un rol activo al ser constantemente interpelado por el maestro o instructor bíblico. Por otro lado, es pertinente acotar que existen otros actores sociales, como por ejemplo, el apoderado que acepta que su hijo asista a estas clases bíblicas o los administrativos del establecimiento

que implantan en el Proyecto Educativo Institucional (PEI) espacios como el aquí descrito. No obstante, el vínculo entre el que enseña y el que aprende es un elemento visible e indispensable.

2.4.4 Revisión Bibliográfica

Esta es la primera técnica que se ha utilizado en la investigación ya que proporciona las bases teóricas de donde emergen los elementos primordiales para este estudio. Es así que la indagación profunda de diversas fuentes bibliográficas ha otorgado ciertas directrices, no solo para abordar el tema sino que también para despejar toda confusión respecto a este.

Por otra parte la revisión bibliográfica, acompañada de la búsqueda de referencias, es una herramienta elemental a la hora de concretar el problema de investigación, lo que no impide la manifestación de interpretaciones propias, exponiendo avenencias y desavenencias para con el texto referido. Las principales hipótesis extraídas de los textos y artículos tienen como objetivo desencadenar una serie de teorías e ideas que son propias y contribuirán para el desarrollo de la problemática.

En síntesis, la revisión bibliográfica o de literatura consiste en “detectar, consultar y obtener la bibliografía y otros materiales útiles para los propósitos del estudio, de los cuales se extrae y recopila información relevante y necesaria para el problema de investigación” (Hernández et al. 2018, 53). Esta inspección debe tener ciertos límites que encaminen el análisis ya que la cantidad de literatura que pudiese estar relacionada, ya sea directa o indirectamente, podría ser abismante y por lo tanto desplegar una cantidad de temáticas con las mismas dimensiones.

En el caso del tema específico de la relación entre adventismo y modernización no ha sido posible encontrar demasiadas fuentes o referencias bibliográficas, lo que confirma la utilidad e importancia de aproximaciones empíricas para el estudio contemporáneo de esta relación.

2.4 ANÁLISIS DE DATOS

Una vez realizada las técnicas de investigación se procedió a analizar los distintos audios y notas que se recopilaron en el proceso; este proceder derivó en la selección de contenido relevante para la investigación y en la categorización de ciertos conceptos que fueron reiterativos en las distintas experiencias. Dicha selección y categorización permitió el establecimiento de los principales puntos a desarrollar, los cuales se transformaron en los ejes transversales del trabajo. Entre tales categorías se encuentran apartados de diversas índoles, los cuales emergieron de posturas, de conceptos, de dichos, de creencias, etc.

Al completar la categorización de información, y con el afán de evidenciar el trabajo antes descrito, se procedió a realizar un cuadro donde se observan los extractos más significativos de las entrevistas y las categorías utilizadas para seleccionarlos; dicha herramienta lleva por título Cuadro de entrevistados y se encuentra en los anexos de la investigación. La implementación de dicho cuadro tiene una doble funcionalidad, primero la de sustituir la transcripción de las conversaciones y segundo otorgar un espacio donde se puedan comparar cabalmente las posturas, un ejercicio que puede resultar complejo a través de la lectura de la obra.

CAPÍTULO III: ANÁLISIS DE RESULTADOS. LA RELACIÓN ENTRE EL ADVENTISMO Y LA MODERNIDAD.

3.1 EL CICLO DE VIDA EN EL ADVENTISMO

El subcapítulo que se abordará es un equivalente al ya presentado en la problematización –El ciclo de vida en lo religioso- donde se explicó en que consiste un ciclo vital, cuáles de sus etapas se manifiestan en toda cultura y cuál era su relación con lo religioso. Dicho apartado se construyó desde la revisión bibliográfica y desde un escenario que podríamos llamar como genérico, intentando abordar lo religioso desde un plano global o por lo menos desde la globalidad de lo cristiano.

Sin embargo, la estructura de este subcapítulo apuntará a la trayectoria vital desde el punto de vista adventista, construyéndose básicamente a través de dos técnicas metodológicas, mediante las entrevistas en profundidad que se han utilizado en lo largo de gran parte de la investigación y a través de la observación participante que se generó en diversos espacios de la comunidad adventista.

La organización general constará de tres temáticas: la primera hace alusión a la adopción de creencias durante la niñez, la segunda abordará la etapa donde se producen las mayores tensiones entre lo que los adventistas consideran como moderno y las creencias que estos poseen, y una tercera temática que será una introducción hacia la vida adulta donde por lo general las creencias y/o posturas se consolidan. Es en las dos primeras temáticas en donde adquiere relevancia la observación participante de lugares formativos.

Finalmente, y vinculado a la tercera temática, se abordará lo que hemos denominado como “el otro ciclo vital”, donde los creyentes depositan sus esperanzas y alegrías en un futuro mejor. Como ya se mencionó en la problematización, este punto adquiere sentido cuando los cristianos deciden hacer bien o mal en función de tener acceso a este espacio idílico (el cielo en lo que respecta a gran parte del cristianismo), por lo que observaremos dos puntos clave: primero, si en el adventismo funciona de igual forma que el resto del cristianismo a la hora de concebir una vida después de la muerte y, segundo, cómo repercute

lo que ellos consideran como modernidad a la hora ejercer su libertad y decidir entre el bien y el mal.

3.1.1 La adopción de un ideario

La primera etapa comienza con la niñez, pero no se limita sólo a ésta, ya que más bien aborda el proceso formativo por el que transitan los menores, en este caso una formación que atañe a lo religioso. Es por eso que se han identificado tres espacios que influyen en este sentido: partiendo por la formación básica donde cumple un rol fundamental la familia y el hogar, seguida por la que se genera en el ámbito eclesiástico y, finalmente, la que se dicta en cada uno de los establecimientos educacionales adventistas y que tiene como agente a todos los miembros de la comunidad escolar.

Para desarrollar el proceso formativo y para que los menores interioricen las enseñanzas y doctrinas bíblicas son primordiales dos elementos, primero las prácticas y segundo los referentes espirituales. En cuanto a las primeras, los entrevistados evocan diversas prácticas que influyeron durante su niñez, las cuales se repiten constantemente en los testimonios de unos y otros dejando en evidencia que la formación del menor adventista es similar en variados puntos o, por lo menos, en los aspectos generales.

Entre las prácticas que son transversales a todos los entrevistados se encuentra la oración, el estudio de la Biblia y el acto de congregarse, todos elementos que de alguna u otra forma consolidan la vida espiritual y contribuyen a que el creyente tenga una relación más íntima con la divinidad. Según los entrevistados, la primera práctica mencionada, a saber, la oración, es un elemento fundamental para comunicarse con Dios, mientras que la segunda es el medio por donde la divinidad se comunica y presenta sus designios a los creyentes, generándose una especie de conversación donde hay un emisor y un receptor. En lo que se refiere a la tercera práctica, ésta tiene directa relación con los vínculos sociales y con el ser parte de una comunidad que cree y piensa lo mismo, accionar que permite la perdurabilidad de las creencias adventistas, un proceder que sería bastante complejo de mantener si fuese un sólo sujeto el que postula determinadas creencias. Fundamentando lo anterior uno de los entrevistados señaló que:

“...en la iglesia siempre se ha dicho que para mantener una vida espiritual solida son elementales llevar a cabo ciertas prácticas como leer la Biblia, orar y predicar el evangelio.

Las dos primeras están vinculadas a la relación que tú posees con Dios (una relación vertical) y la segunda, está relacionada con el vínculo que estableces con otros seres humanos al traerlos a Cristo (una relación horizontal) [...], lo que también tiene que ver con el ir a la iglesia y estar con los hermanos” (Hombre 51, septiembre 2018).

Al ser la oración y el estudio de la Biblia los medios de comunicación para llegar a Dios, estos figuran como acciones fundamentales en la vida espiritual de un niño adventista, todo con el fin de que el niño en esta edad ya tenga una idea de Dios y de su voluntad. En este punto, la aparición de referentes que posean una vida espiritual sólida es indispensable ya que son estos los que instan a los menores a desarrollar tales prácticas. En el núcleo familiar por lo general son los padres o los abuelos, en el ámbito eclesiástico las maestras de escuela sabática y en los establecimientos educacionales los profesores o miembros encargados del área espiritual (capellán por ejemplo). Aludiendo a esta relación entre las prácticas y los referentes espirituales una de las entrevistadas relata lo siguiente:

“quien me llevo a la Iglesia desde que nací fue mi abuelita [...], ella era una persona muy creyente, pero era analfabeta y desde que yo empecé a leer en primero básico, ella me hacía que le leyera la biblia y la escuela sabática, esto me ayudo a aprender a leer más rápido y a consolidarme en la fe. Yo todavía era bien chica cuando ya había leído la Biblia completa dos veces” (Mujer 59, agosto 2018).

Por otra parte la oración y el estudio de la Biblia también se refuerzan en la iglesia, acción que se combina con la práctica de congregarse. Dicha actividad se desarrolla específicamente en el espacio llamado como Escuela Sabática. Según lo recopilado a través de la observación participante, es en esta instancia donde las maestras enseñan a orar a los niños y les cuentan diversas historias de la Biblia a través del folleto de Escuela Sabática que se encuentra adaptado para su edad, todo con el fin de inculcar alguna enseñanza valórica (como por ejemplo la confianza que David depositó en Dios al derrotar a Goliat). Por otra parte, se refuerza el principio de unidad ya que los niños no solamente comparten con sus semejantes etarios y espirituales, sino que las maestras e inclusive los mismos niños leen todos los sábados “El Misionero” un cuadernillo que relata las historias de otros niños adventistas que se encuentran en otras latitudes del mundo.

Como ya se mencionó con antelación, en este escenario las maestras poseen un rol fundamental, que es básicamente reforzar lo que ya se les enseña en cada uno de sus hogares. Concerniente a las maestras, muchos de los colaboradores apuntan a episodios como el siguiente: “Recuerdo una clase de Escuela Sabática que era la de intermediario y la recuerdo

porque la tía era muy simpática y querendona, nos trataba como a sus hijos” (Hombre 36, agosto 2018). Este tipo de testimonios grafican el hecho que de alguna manera la escuela del hogar y su esencia se traslada a la escuela sabática y se complementan mutuamente en la formación de los niños.

Vinculado a lo anterior, muchos de los colaboradores mencionan que para que el niño perdure dentro de la congregación hay que hacerlo partícipe de la misma, no sólo en espacios como la Escuela Sabática donde tiene un lugar predefinido sino que en otros espacios donde participa toda la congregación. En esta línea, en una de las conversaciones se expone el siguiente relato: “Mi primera participación en la Iglesia fue estar en una orquesta infantil... teníamos triángulos, castañuelas y tarros con porotos...” (Hombre 74, septiembre 2018). Este tipo de testimonio se presenta como argumento para explicar por qué la gente permanece en la congregación, “porque cómo te vas a quedar en algo si no eres parte de ese algo” (Mujer 37, septiembre 2018).

De estas formas los padres (en conjunto con la Iglesia), introducen a los menores en el ámbito religioso y los incorporan en la estructura misma de la iglesia. Sumado a esto, los padres ejercen un derecho que les otorga la propia Convención sobre los Derechos del Niño cuando expresa que los Estados que constituyen dicha convención respetarán el derecho del niño a la libertad de pensamiento, de conciencia y de religión.

“Sin embargo, es claro que los niños necesitan recibir una educación o iniciación que les permita poder hacer consciente y libremente, y sostener, sus propias opciones”. Por eso, la propia Convención continúa diciendo: Los Estados Parte respetarán los derechos y deberes de los padres y, en su caso, de los representantes legales, de guiar al niño en el ejercicio de su derecho de modo conforme a la evolución de sus facultades” (Navarro 2017, 3-4).

Este proceso de integración se hizo plausible en una de las observaciones, donde los menores tuvieron la oportunidad de escuchar una historia en la mitad del culto (espacio que por lo general se destina a los adultos) la cual se denomina como la Historia de niños, lo que es considerado como una breve predicación o mensaje para ellos con formas y métodos apropiados para su edad. Al contemplar estos procesos se aprecia una instrucción constante en la vida espiritual de los niños, elemento que resulta trascendente a toda la vida del adventista. Una de las entrevistadas comenta esa trascendencia en los siguientes términos:

“El estudio de la biblia es algo que siempre ha caracterizado a los adventistas, por eso antes nos llamaban el pueblo de la Biblia... eso se ha perdido con el tiempo, pero independiente de

eso las enseñanzas que la Biblia nos otorga deberían saberse y estudiarse desde nuestros primeros días, para que se vuelva una costumbre inquebrantable y los padres y la iglesia deben dar el ejemplo... imagínelo, si no lo hacen los adultos no se lo podemos pedir a los más pequeños (Mujer 53, septiembre 2018).

El último espacio que contribuye en la formación de los niños adventistas es el que se desarrolla en los establecimientos educacionales, los cuales “fueron creados originalmente para proteger a los hijos de familias adventistas” (Mujer 34, agosto 2018), resguardarlos de alguna forma de los peligros espirituales que hay en otros lugares o de lugares donde la espiritualidad de los menores pueda ser vulnerada con mayor facilidad.

Para que esta protección pueda concretarse los establecimientos educacionales desarrollan diferentes prácticas, no sólo para llamar la atención de los alumnos no convertidos sino que para solidificar la fe de los que ya forman parte de la congregación. En este punto cabe mencionar que tales prácticas o ritos serán descritos con mayor profundidad en el siguiente apartado. No obstante una de las colaboradoras nos otorga algunos indicios del porqué de estas prácticas:

“[Los colegios adventistas] realizan una serie de programas que contribuyen al ambiente familiar que este tiene... el hecho de orar, de cantar, de entender los principios del sábado, de la alimentación, etc... todas esas cosas son bien entendidas en este contexto, fuera de él es más complejo y se realizan para predicar la palabra y para resguardar a los jóvenes” (Mujer 34, agosto 2018).

En síntesis, al inspeccionar en la niñez y en la crianza de lo adventistas es inevitable no observar las enseñanzas espirituales que se les inculcan a los menores. Como ya se mencionó en la problematización con que se inicia este trabajo, la instrucción sobre cuestiones más allá de lo sensorio y de lo racional es una constante. En reiteradas ocasiones se hace alusión a una intervención divina continua en la vida de los creyentes, e inclusive a milagros, elemento que se condice en varias formas de religiosidad y de cristianismo, tales como: la sanación de un enfermo donde el milagro se entrelaza con un proceder terapéutico concebido racionalmente (Alby 2015, 219).

Manifestado todo lo anterior, sería pertinente mencionar que en los primeros años de vida, antes de la adolescencia, la trayectoria del adventista se caracteriza por ser un proceso de formación y adquisición en términos espirituales, lo cual es inculcado por distintos referentes espirituales a través de diversas prácticas como las mencionadas anteriormente. En este punto de la trayectoria de vida las tensiones con la modernidad no son significativas,

o al menos no de una forma enfática, ya que por su condición de niños los padres son quienes deciden lo que es bueno y malo para ellos en todo ámbito de la existencia, incluyendo lo espiritual.

3.1.2 La adolescencia y juventud como puntos de tensión

Tal como mencionó uno de nuestros entrevistados, las tensiones que se puedan generar entre la modernidad y la religión no se pueden acuñar a una sola etapa del ciclo vital. Dichas tensiones pueden surgir en cualquier momento y su aparición va a depender de diversos factores que varían de una experiencia a otra. No obstante, las etapas que comúnmente se conciben como la adolescencia y la juventud figuraron como los periodos de mayor tensión entre la religiosidad y la modernidad.

Una de las características más relevantes de estas etapas es la constante búsqueda de identidad y de autoconciencia. Es un periodo de cambios en todos los sentidos de la vida, donde el ser humano busca responder, ya sea consciente o inconscientemente, la pregunta de quién es él, y se construye a partir de esta inquietud. Esta búsqueda de sí mismo muchas veces insta a los jóvenes adventistas a buscar en espacios que están más allá de lo eclesiástico o de lo espiritual y por lo tanto en lugares donde las nociones negativas de modernidad (que serán abordadas en el subcapítulo posterior) son prevalecientes y constantes. Reafirmando lo anterior, uno de los entrevistados, poseedor de un título de Licenciado en Psicología y que ejerce como tal, menciona que:

“...los mayores cuestionamientos se producen en la etapa evolutiva de la adolescencia, que es una etapa que se caracteriza por las tensiones, por los ajustes, por las contradicciones y por la búsqueda de una identidad [...], y en la búsqueda de esa identidad es que [los adolescentes] prueban muchas cosas [...] y eso se produce porque los adolescentes se plantean desde el mundo de lo posible, ya no es tanto el dogma, las enseñanzas o la normas, sino que ellos comienzan a buscar la autonomía y producto de esto surgen los primeros cuestionamientos, ya que esa autonomía se produce en función de los padres y son ellos los que representan la religiosidad en la casa” (Hombre 36, agosto 2018).

Si analizamos la cita anterior, se puede apreciar que en la adolescencia se comienzan a ejercer todo tipo de cuestionamientos contra lo religioso, elemento que es característico no solo del rango etario y sus variante biológicas, sino que de la modernidad como proceso cultural. Abordando esta dimensión, uno de nuestros colaboradores menciona que:

“...no me supe mover entre todo lo que la modernidad presenta, no fui como Jesús o los apóstoles, yo fui Pedro, lo negué a tal punto que el gallo se cansó de cantar, fui Judas, lo

entregue y traicione tantas veces que podría haberme comprado no solo un terreno sino varias hectáreas” (Hombre 35, junio 2018).

Por otra parte, el colaborador que ejerce como psicólogo hace referencia al acto de “probar” como un proceso de autonomía por parte de los adolescentes, pero no necesariamente antirreligioso, es decir, existe la posibilidad que decante en eso pero obviamente no es una regla absoluta. En esta línea “buscar respuestas no está prohibido en la Biblia [No obstante], la sociedad ha avanzado rápidamente hacia una visión donde Dios no está presente, por lo que la vida religiosa hoy avanza en desventaja” (Hombre 51, septiembre 2018), ocasionando que muchos adolescentes y jóvenes antes creyentes se inclinen hacia este tipo de tendencias.

Otros creyentes señalan que dicho proceso lleva a muchos jóvenes a caer en la mundanalidad, lo que para ellos es un equivalente de lo moderno. Desde aquí se presentan posturas bastante esclarecedoras al respecto, como la que se postuló en una de las conversaciones al señalarse que los jóvenes que prestaban oídos al discurso moderno, entraban en una especie de pseudo-dicotomía donde desarrollan prácticas como asistir a la iglesia y por lo tanto adorar a Dios, pero en lo cotidiano despliegan un estilo de vida totalmente secular. La entrevistada lo plantea en los siguientes términos:

“Los jóvenes viven una dualidad, es decir, viven tanto en el mundo como fuera de él, costándoles trabajo ser de una sola línea, lo ideal sería que tuviesen viviendo una vida espiritual plena o estuviese totalmente afuera, pero es muy cómodo estar en el intermedio queriendo tenerlo todo” (Mujer 59, agosto 2018).

Esta duplicidad se grafica de forma clara en un estudio mexicano realizado por Sota (2010) en 2007, específicamente en la Universidad Iberoamericana, donde se pretendía analizar la relación que establecen los jóvenes de aquella universidad entre la incredulidad y la creencia. Una de las características elementales de este estudio era su comparación con la investigación de Luengo (1993) realizada en el mismo lugar, pero en 1990. En lo que respecta a la última investigación, “destaca que más jóvenes creen en la existencia del alma y en los santos, pero menos creen en el pecado” (Corpus 2013, 148). Si bien el catolicismo y adventismo poseen una polarización extrema en cuestiones doctrinales la tendencia juvenil es la misma, si bien existe un grado de credulidad, no se experimenta un real apego a las prácticas religiosas.

De esta forma la adolescencia y la juventud son las etapas donde, según los entrevistados, se producen los mayores acercamientos a la modernidad y por ende una tendencia a alejarse de Dios, a desplazarlo y a considerarse a sí mismo como un ente capaz, cifrando todas sus anhelos en sí mismo y no en la dadas de Dios. No obstante, la dualidad que menciona la entrevistada es una constante no sólo en la vida de los jóvenes adventistas sino que en la vida de los cristianos en general ya que muchos de ellos a lo largo de su trayectoria vital abandonan las prácticas, ritos y modos de vida cristiana, pero en ninguna medida abandonan sus creencias. De esta forma se genera la dualidad que ya se había señalado en la cita.

Por otra parte la utilización de aparatos tecnológicos (entendiéndolos como objetos intrínsecos de la modernidad) y las nuevas prácticas que estos conllevan, son factores que también se postulan como inhibidores de Dios, siendo las nuevas generaciones, es decir, los adolescentes y los jóvenes sus principales usuarios.

Este vínculo entre los jóvenes y la modernidad se evidenció en reiteradas ocasiones en las entrevistas, pero también en la observación participante, ya que durante las Culturas Cristinas –culto que se realiza una vez a la semana en los colegios adventistas- algunos jóvenes constantemente desatendían la espiritualidad de la instancia y el mensaje que se les estaba otorgando para enfocarse de forma absoluta en sus objetos tecnológicos y/o redes sociales.

Al observar esta situación, la interpreto y considero como un ejemplo perfecto de la modernidad cultural que se ha abordado y descrito en este trabajo: un alejamiento de Dios y de todo lo que eso conlleva (prácticas por ejemplo) para concentrarse en el yo, manifestándose un cambio no sólo en la visión, sino que también en los roles que cada actor social ejerce y adquiere, desde el *Dios en el centro y el yo adorador* hasta *Dios desplazado y el yo en el centro*.

No obstante pese a esta primera observación, también pude contemplar que muchos de los jóvenes de distintos cursos disfrutaban de los cantos, de la oración y de la exhortación de la Biblia, conformando un grupo que se encontraba bastante familiarizado y plenos con la realización de estos ritos. Esta observación me permitió interpretar que existe una distinción

entre aquellos que se encuentran arraigados en la fe y entre aquellos que de alguna forma son más volubles a factores externos.

Es justamente por eso que los establecimientos desarrollan este tipo de instancias y espacios (cultura cristiana, clases de religión, clase bíblicas, etc.), porque tal como lo menciona una de las colaboradoras, estas instituciones fueron creadas para proteger a los hijos de los adventistas (Mujer 34, agosto 2018), protegerlos de diversos elementos como por ejemplo los aspectos negativos de la modernidad. Para comprender esto se debe considerar la concepción de mundanalidad y de pecado que algunos adventistas acuñan a la modernidad (elemento que se abordará en el siguiente apartado), una vez considerado aquello es comprensible la idea de proteger a los jóvenes ante un fenómeno perjudicial para su espiritualidad.

A partir de lo observado en la clase de religión, se logra apreciar el afán de contención que poseen los establecimientos, ya que en reiteradas ocasiones se aconseja a los jóvenes sobre alguna complejidad propia de la existencia; además de instarlos a depositar sus problemas y cuestionamientos en Dios. En este mismo escenario pude apreciar que los textos de estudios poseen la misma orientación, una postura consejera que pretende que el menor se asocie con Dios y que se aleje de elementos nocivos para su ser íntegro, entre los cuales pudiera estar la modernidad si se considera a esta como un proceso contrario a Dios.

Por otro lado, al observar la clase bíblica se comprobó que esta desprende la misma dinámica e inclusive es un poco más profunda, ya que los alumnos son motivados no solo a conocer teóricamente lo que es bueno y es malo en base a la ética cristiana, sino que a conocer y a relacionarse íntimamente con Dios. De esta forma se produce una especie de órbita donde la comunidad educativa, la Iglesia y la familia guían a los jóvenes y además establecen demarcaciones a su experiencia de vida, con el fin de que estos conserven su espiritualidad. Debido a esto la IASD desarrolla una serie de programas y ministerios especialmente para los más jóvenes, lo que uno de los entrevistados plantea de la siguiente manera:

“Los jóvenes de hoy en día están buscando una identidad y espacios donde se sientan aceptados... y la iglesia está actuando de distintas formas para ser una opción en este sentido. Lo que se busca es que los adventistas más jóvenes se sientan plenos al decir *yo soy adventista*, y que obviamente eso sea suficiente para sus ansias de identidad” (Hombre 36, agosto 2018).

En síntesis, la adolescencia y la juventud son las etapas de ciclo vital donde se producen con mayor frecuencia e intensidad las tensiones con lo moderno. Posicionados desde el plano de lo posible e incentivados por el deseo de “probar” se puede generar un mayor acercamiento hacia un estilo de vida mundano o hacia prácticas relacionadas con las nuevas tecnologías, que son dos de las concepciones de modernidad que plantearon los entrevistados (elementos que se profundizarán en el siguiente subcapítulo).

Sin embargo, las concepciones antes aludidas direccionan este apartado hacia una tercera definición de modernidad que, como se observara en el siguiente apartado, conlleva desplazar a Dios y posicionar al ser humano (al yo) en su lugar, priorizando los deseos y las necesidades individuales, un elemento que permea a las generaciones jóvenes y que sin lugar a dudas condiciona la espiritualidad de los jóvenes adventistas.

3.1.3 La consolidación y el otro ciclo vital

La etapa posterior a la adolescencia y a la juventud, es decir, la adultez, posee características específicas que se podrían asignar al general de la población. Dicha caracterización se fundamenta en la existencia de cierta estabilidad emocional y biológica por parte del sujeto. Ya no se plantea desde lo que es posible hacer o no hacer sino que desde lo que le conviene o considera beneficioso para su vida. Es por eso que en esta etapa gran parte de los adventistas posee bases sólidas en lo que a su religiosidad se refiere o al menos existe una claridad en cuanto a lo que es bueno o es malo.

Por otra parte, también existirá un estilo de vida sólido en aquellos que producto de las tensiones con lo moderno se desligaron de la divinidad, de los ritos y de su espiritualidad (es decir la consolidación de un estilo de vida secular). En este punto, resulta conveniente repetir que tales planteamientos se vinculan a una generalidad y no una regla por donde todos los creyentes transitan. Esto se debe a que la consolidación espiritual aquí abordada puede llegar en cualquier etapa de la vida; inclusive antes de lo que hemos denominado como adultez, cuando el joven se encuentra en un contacto más intenso con lo moderno, o inclusive puede que dicha consolidación espiritual nunca se desarrolle del todo. Para clarificar lo anterior, se debe comprender lo que plantea una de las colaboradoras:

“...la consolidación espiritual es relativa, es decir, va depender de cada caso y del anhelo de Dios que tenga la persona. Con esto quiero decir que debe haber un compromiso entre el ser

humano y Dios... y debido a eso la consolidación espiritual es relativa, ya que algunos adquieren el compromiso antes de ser adultos o puede que ese compromiso nunca se obtenga” (Mujer 60, septiembre 2018).

Desde esta teoría la consolidación significa estar cimentado y haber interiorizado un ideario (dogma o credo) y un estilo de vida determinados, sin tomar en cuenta que muchos creyentes viven en una especie de borde donde hay una constante contradicción entre la teoría y la práctica tal como se expuso en el apartado anterior. No obstante, sería inapropiado señalar que los creyentes consolidados no tienen tensiones con la modernidad, y así lo manifiestan los colaboradores. La diferencia radica en que se poseen ideas más claras y por lo tanto resulta un poco más complejo que se desarrolle tal fenómeno.

Enfocándose en la estabilidad antes manifestada y en las tensiones que podrían ocasionarse, los entrevistados señalan que no son inmunes a la modernidad y por lo tanto a alejarse de Dios, ya sea de forma consciente o inconscientemente, pero al poseer una trayectoria de vida más amplia y con proyecciones más claras en función de lo que consideran beneficioso (tener una relación íntima con Dios, por ejemplo), se sitúan en una esfera donde el alejarse de Dios es una posibilidad impensable e indeseada, una eventualidad remota o por lo menos distante, si se los compara con los miembros más jóvenes de la congregación. Enfatizando estas diferencias de estabilidad espiritual una de las entrevistadas señala lo siguiente:

“...yo pienso que las diferencias espirituales que pueden haber entre un adulto y un joven no son diferentes a las que se dan en otros ámbitos [...] yo creo que el adulto tiene una vida espiritual más constante o más firme, mientras que el joven puede ser más intermitente en ese sentido, una intermitencia que se puede generar por diversas razones, pero sobre todo por el entorno ya que los jóvenes son muy influenciados y todos de alguna forma experimentamos aquello [...]. Ahora esto no significa que los jóvenes no puedan tener una vida espiritual sólida [...] yo pienso que algunos tienen una mejor vida espiritual que muchos adultos, pero si tuviese que hablar de la mayoría diría que hay una diferencia de solidez” (Mujer 60, septiembre 2018).

En conclusión, nuestros colaboradores apuntan a la adultez como a una etapa donde merman las tensiones con la modernidad producto de que el creyente ya posee una postura más clara frente a los procesos y elementos modernos que considera como perjudiciales para su espiritualidad. En este punto la definición de lo que es beneficioso y lo que es perjudicial son fundamentales, dejando al margen el desarrollo de experiencias innovadoras (elemento propio de la adolescencia y de la juventud), muy probablemente porque el adulto ya las

vivienció u observó, tal como lo mencionó la entrevistada. Desde esta hipótesis, todos sus reparos hacia lo moderno surgen desde lo experimentado y observado, ya sea en su propia trayectoria vital o en la de sus semejantes.

En la etapa de la adultez también se reafirma una idea que ha comenzado a germinar desde la niñez: la idea de que después de la muerte existe un plano supra-terrenal o lo que en la problematización se ha denominado como “vida póstuma”. En dicho planteamiento, también se señalaba cómo la modernidad impacta en este dogma y como condiciona al creyente en su entrada a dicho espacio.

Al plantearse la modernidad como un proceso contrario a Dios y como un proceso cultural que lo desplaza, la modernidad también viene a alejar al ser humano de este plano idílico, porque si no existe Dios, el paraíso y cielo tampoco. Es por eso que los cristianos ejercen su libre albedrío en función de abstenerse a tales ideas y de las prácticas asociadas a éstas para, como consecuencia, poder entrar en la “vida póstuma”. En este ámbito uno de nuestros colaboradores estipula que:

“...la decisión de seguir a Dios, es justamente eso, una decisión. Dicho de otra manera yo elijo seguir a Dios para poder vivir eternamente con él [...]. Es en este proceso donde Dios nos aconseja y nos señala que es lo que es bueno y que es lo que es malo, con el fin de refinar nuestro carácter para la eternidad, pero eso no lo consideramos como una barrera que nos limita, sino que como baranda que nos cuida del peligro... y eso las personas no lo entienden” (Mujer 53, septiembre 2018).

No obstante, según las conversaciones que se entablaron con los entrevistados, en el adventismo no ocurre lo mismo, o al menos no del todo. Al creer en la salvación por fe, consideran que el ser humano no puede hacer nada lo suficientemente loable para optar a ese plano idílico ya que a este sólo se accede por creer en Jesús y en su sacrificio salvífico. En esta línea, existen una serie de versículos que sustentan la creencia, destacando al apóstol Pablo quien señala que los creyentes son “...justificados gratuitamente por su gracia, mediante la redención que es en Cristo Jesús” (Romanos 3:24) o cuando expone que “...por gracia soy salvos por medio de la fe; y esto no de vosotros, pues es don de Dios” (Efesios 2:8). Como se puede apreciar sobresalen ideas como gratuitamente y don de Dios, en otras palabras, al aceptar este sacrificio el creyente recibe a modo de obsequio la gracia divina y por consecuencia de la salvación.

Desde este punto de vista las prácticas modernas consideradas como negativas por los adventistas carecen de significado en sí mismas, al menos en el acceso a la salvación, “ya que si nos abstenemos de algo es por amor a Dios y porque sabemos que será de beneficio para nuestras vidas, pero no para salvarnos” (Mujer 32, agosto 2018). Dicho esto, para tener acceso al otro ciclo vital, sigue siendo indispensable que el creyente mantenga una relación íntima con Dios y se desligue de los elementos negativos de la ideología moderna, como por ejemplo exaltarse a sí mismo como artífice de su propia existencia.

El ciclo vital adventista se ha reducido a tres grandes etapas: primero la niñez, donde los hijos de los adventistas incorporan las creencias a su ser integro. Estas creencias son otorgadas por diferentes agentes como la familia, la Iglesia y por los establecimientos educacionales si es que el niño estudia en uno de ellos. En este mismo transcurso se inculcan una serie de ritos o prácticas para que el menor interiorice el ideario dogmático y se acerque cada vez más a la divinidad.

Posteriormente, se expuso la etapa de la adolescencia y la juventud (es claro que poseen diferencias, pero para el objetivo de la investigación su conjunción resulta pertinente), donde se producen las mayores tensiones con lo moderno y para eso resulta beneficioso tener en consideración las distintas percepciones de modernidad que se abordaran en el siguiente subcapítulo (mundanidad, tecnologización y desplazar a Dios). La adolescencia y la juventud se caracterizan por la incursión en nuevas experiencias que satisfagan los anhelos y los deseos propios. Dicho proceder en muchas ocasiones lleva al creyente a cuestionar a Dios o, como mínimo, a distanciarse de él, posicionándose a sí mismo en el centro.

Por último, se encuentra la adultez donde pareciera imperar una estabilidad espiritual en relación a lo moderno, en este periodo el creyente posee una relación más acabada con Dios, fruto de la experiencia que le ha otorgado su ciclo vital. Sumado a esto el adulto ya no se plantea desde la necesidad de “probar” cosas nuevas sino que desde lo que le resulta beneficioso para su vida espiritual. En este segmento es importante una vez más descartar esta interpretación como un absoluto o como una regla incondicional a la que todo adventista se debe someter y dejar en claro que se pretende abordar la generalidad de los casos en base a las entrevistas realizadas.

Todo este ciclo vital que se encuentra en un constante relacionamiento con la modernidad se extiende hacia lo que se hemos denominado como el otro ciclo vital o la “vida póstuma”, la cual consta de un espacio supra-terrenal donde no hay dolor ni muerte. Sin embargo, para acceder a este lugar es indispensable que el creyente erradique una de las características más esenciales de la modernidad: el distanciamiento de Dios y el posicionarse a sí mismo en el centro de todo (lo que en la problematización se planteó como un contraste entre la visión antropocéntrica y la visión teocéntrica).

3.2 LA MODERNIDAD PARA LOS ADVENTISTAS.

Como ya se mencionó en el capítulo I –específicamente en el apartado que se titula “Definiciones de modernidad”- son diversas y cuantiosas las explicaciones que se pueden generar en torno al concepto de modernidad, más aun si se es consciente de las variaciones diacrónicas y diatópicas (como el caso latinoamericano que se observó en el primer capítulo) por las que ha transitado. No obstante, todo sujeto cercano al ámbito académico poseerá una definición más o menos acabada de lo que significa la modernidad, no solo como un suceso pasado, sino que como un proceso histórico que repercute en el imaginario y en la cotidianeidad de las sociedades actuales.

Desde esta premisa, cabría preguntarse qué definición de modernidad poseen aquellas personas que, a lo largo de su ciclo vital, han permanecido ajenos a los círculos intelectuales y/o académicos donde se estudia de manera metódica este concepto y su problemática social (esto no quiere decir que se descartarán del estudio a creyentes con estudios universitarios).

Sumado a lo anterior, si a estos sujetos se le añade un tipo de crianza y educación determinada (como los parámetros propios de la ética y la moral cristiana), la definición de modernidad es probable que cambie radicalmente y por ende las percepciones que se puedan tener sobre ésta. En este punto es preciso notar que las percepciones sobre la modernidad se entrelazan fuertemente con la ética del cristiano, en otras palabras, la modernidad tiende a ser valorada como un proceso, en cuanto es beneficiosa o perjudicial para la vida del ser humano.

Por otro lado, es de conocimiento general que las religiones y culturas del mundo son distintas entre sí, elemento que quedó manifestado en las hipótesis de Winch (1994), expuestas en el capítulo I de esta investigación-en el segmento “El ciclo de vida en lo religioso”. Estas distinciones se desarrollan en todos los ámbitos de la existencia. Sin embargo, hay tres grandes etapas o acontecimientos en la vida del ser humano que pueden ser consideradas transversales a toda cultura y, por lo tanto, a toda religión: el nacimiento, la madurez sexual y la muerte. Aun así, estos tres acontecimientos fundamentales que definen el ciclo vital son significados y ritualizados de manera diversa por distintos grupos sociales y culturales.

Dicho esto, si se abordara la modernidad desde las particularidades de cada religión, resultarían disímiles y probablemente opuestas las definiciones de un budista con la de un musulmán y con la de un cristiano, dinamizando aún más los juicios valóricos que se puedan tener al respecto. Sin embargo, para complejizar este proceso no es necesario abarcar la totalidad de religiones existentes (cuestión que considero prácticamente imposible), solo bastaría con enfocarse en el cristianismo y en su inmensa cantidad de variaciones y subdivisiones para recabar distintas definiciones, percepciones y juicios de valor en torno a la modernidad. Este ejercicio se agudizaría más todavía si a la variación geográfica y religiosa se le añadieran elementos económicos como el desarrollo, el crecimiento y la desigualdad, cuestiones sociales como la organización socio-política e inclusive elementos culturales que no necesariamente están vinculados a la religión.

No obstante al retraerlo específicamente a este trabajo que trata de la relación que existe entre el adventismo y la modernidad, resulta primordial e indispensable preguntarse qué es para los adventistas la modernidad, más aún si se quiere resaltar la naturaleza exploratoria e inductiva de la investigación.

En base a lo anterior, el segmento aquí presentado tiene por objetivo recoger las distintas definiciones y conceptos de modernidad que poseen los adventistas. Para realizar dicha labor es indispensable el análisis de resultados, específicamente de las entrevistas en profundidad que proporcionaron de forma explícita la información requerida. Esto no significa que serán erradicadas otras técnicas metodológicas que contribuyan a las tesis, como la revisión bibliográfica. Sin embargo, en este punto la información sustancial será extraída del trabajo con los colaboradores.

Dicho esto, para que la investigación se desarrolle de una forma estructurada y lógica es necesario reparar en cuestiones procedimentales que se llevaron a cabo a la hora de extraer las definiciones de modernidad de los entrevistados, ya que estos últimos no sólo fueron separados por el sexo y la edad (como se aclaró en el capítulo de metodología), sino que sus declaraciones también fueron catalogas y agrupadas de acuerdo a temáticas semejantes, en otras palabras, cuando dos o más declaraciones en torno a una misma temática eran similares, se posicionaron en la misma categoría, esto con el fin de contrastar opiniones de toda índole tanto análogas como heterogéneas.

3.2.1 La modernidad como mundanidad

En lo que a definiciones de modernidad se refiere, su asociación con lo mundano es una constante entre una parte de los creyentes entrevistados. En reiteradas ocasiones al expresarse sobre lo que ellos consideran como moderno utilizaron conceptos como *mundano*, *mundanidad* o simplemente *el mundo*. A partir de esta reiteración, consideré pertinente indagar y preguntar a todos los colaboradores qué significaba para ellos lo mundano⁵, esto con el fin de comprender como se relacionan los conceptos antes aludidos con el fenómeno de la modernidad.

Entre las respuestas a dicha interrogante, es posible observar dos tendencias, las cuales no necesariamente se oponen entre sí, ni son descartables la una con la otra, sino que más bien aluden a un uso diferenciado según el contexto en el que se estén implementando. La primera de estas vertientes posee una connotación secular, es decir, apunta a cuestiones ajenas a la espiritualidad o ajenas a la religión, pero no necesariamente a elementos y/o procesos antirreligiosos. Un ejemplo de lo anteriormente descrito fue otorgado por una de las entrevistadas al referirse a un determinado estilo de música secular como música mundana (Mujer 44, 2018).

Esta dicotomía que se acaba de describir es un elemento común en las distintas manifestaciones religiosas del mundo, tanto así que Emile Durkheim (1982) en su libro *Las formas elementales de la vida religiosa*, “establece que la estructura elemental de toda religión es la oposición sagrado–profano, que se puede observar tanto en el sistema totémico de los primitivos australianos como en las formas más desarrolladas de institución religiosa” (citado en Dorra 2009, 18).

En otras palabras, la relación entre lo sagrado y lo profano constituye un principio elemental en toda religión ya que si profundizamos en dicho vínculo, observaríamos una clara distinción de lo que pertenece a Dios y lo que no pertenece a él (o que al menos no está totalmente dedicado a él), como ocurría en el antiguo Israel que le otorgaba una condición de santidad al santuario, diferenciándolo del resto del campamento. En lo que concierne al

⁵ En esta forma de proceder se denota la naturaleza semiestructurada que poseían las entrevistas ya que su disposición permitió transitar hacia otras temáticas que están totalmente relacionadas con la investigación pero que en su origen no estaban explícitamente consideradas.

culto cristiano, quizás la distinción no es enfática en términos materiales, pero si en lo que concierne a prácticas e ideas.

Respecto a la segunda variación, ésta hace énfasis no solo en dispositivos ajenos a la santidad religiosa sino que a elementos que se contraponen a los principios cristianos-adventistas. Según esta concepción, la mundanalidad radicaría en prácticas y pensamientos inmorales que atentan contra las bases mismas del dogma, bases que según los creyentes son inmutables. En esta perspectiva se consolida la idea de que existe una batalla entre el bien y el mal. Las fuerzas aquí mencionadas se materializan, obviamente, en la figura de Dios y en la de Satanás.

En otras palabras, lo mundano es sinónimo de pecado, muy cercano a lo que convencionalmente se entiende como una “transgresión consciente de un precepto religioso” (Real Academia Española, 2014), un concepto que es transversal y reiterativo en todas las religiones teístas⁶. En esta misma línea y con el afán de clarificar la diferencia entre las dos nociones de mundano aquí presentadas, uno de los entrevistados realiza la siguiente declaración:

“... [Mundano] es un término que Jesús también utiliza, y la Biblia utiliza, cuando Jesús dice: *en el mundo tendréis aflicción...* (Juan 17:11). Claro... muchas veces en el evangelio la palabra mundo está asociada al mundo de pecado, es decir a las consecuencias de la desobediencia a Dios. En este sentido el mundo está asociado, o las prácticas mundanas están asociadas con elementos lejanos a los valores del evangelio y en otras ocasiones no, se refiere simplemente al planeta o a los habitantes del mundo” (Hombre 52, agosto 2018).

De esta forma el entrevistado introduce una nueva interpretación de *mundo*, que está mucho más relacionada a la interpretación cotidiana que se le otorga al concepto mundo como una referencia al planeta tierra. Sin embargo, para propósitos de esta investigación, nos abocaremos a la mundanalidad como un elemento inmoral y contrario a los principios y valores cristianos, esto porque la mayoría de los entrevistados que abordaron la temática la direccionaron en este sentido.

Como ya se mencionó con antelación, y como bien señaló el entrevistado, la mundanalidad está directamente relacionada con el concepto de pecado, ya que entendemos

⁶ Doctrina que afirma la existencia de un Dios creador del universo y que interviene en su evolución con independencia de toda religión.

a la primera como un conjunto de elementos que son contrarios a los preceptos divinos. De esta misma forma la Biblia define al pecado como una “iniquidad” (1 Juan 3:4, Nueva Biblia de Jerusalén 1999)⁷ o como la “transgresión de la ley” (1 Juan 3:4, Reina-Valera 1960). Y al mismo tiempo lo concibe como una condición de distanciamiento y contrariedad para con la divinidad, lo cual se grafica de la siguiente manera:

“Todo el que permanece en él [Jesús], no peca; todo aquel que peca, no le ha visto, ni le ha conocido (...). El que practica el pecado es del diablo; porque el diablo peca desde el principio. Para esto apareció el Hijo de Dios, para deshacer las obras del diablo. Todo aquel que es nacido de Dios, no practica el pecado, porque la simiente de Dios permanece en él; y no puede pecar, porque es nacido de Dios” (1 Juan 3:6-9).

Al analizar en profundidad el extracto bíblico, se puede apreciar como la mundanalidad y por consiguiente la condición de pecador, separa de forma radical al ser humano de la divinidad. La distancia que se genera entre ambos se refleja en el hecho de que el pecador no le ha visto, ni le conoce, es decir, se encuentra en una condición de total indiferencia e ignorancia cuando se trata de la divinidad. Sin embargo, el extracto bíblico polariza aún más la situación al señalar que el pecador (el mundano) es del diablo, dicho de otra manera, pertenece al diablo. Esta idea posiciona al sujeto en una esfera contraria a la de Dios y por consecuencia a la de sus seguidores.

La idea de separación entre lo mundano y lo sagrado (o santo, entendiendo este concepto como algo apartado para un propósito divino) es una constante en el cristianismo, ya que los adeptos a este último viven en el *mundo*, pero no se consideran parte de él, e intentan que las personas abandonen las prácticas mundanas para que establezcan una relación con la divinidad, propagación de ideas que resulta ser un proceso elemental en la esencia y en el culto cristiano. Siguiendo esta misma idea es que la filósofa Hannah Arendt (2009) señala que el “principal principio cristiano de la no-mundanía (...) es sobremanera apropiado para llevar a través del mundo a un grupo de personas esencialmente sin mundo” (62-63).

De esta misma forma se refería San Agustín (412 - 426) a aquellos que vivían ajenos a toda instrucción divina, mientras que los creyentes a causa de su elección, se encontraban

⁷ El concepto de iniquidad es un equivalente, o hace alusión, al concepto de maldad (Real Academia Española, 2014).

baja la protección y la bendición de Dios, generándose una nueva concepción de la dicotomía, la que se materializa entre el estar dentro o pertenecer al grupo (seguidores de Dios, santos, cristianos, etc.) y el estar afuera o no pertenecer a dicho grupo (pecadores, mundanos, profanos, etc.). Esta noción de otredad opuesta y diferenciada, también se deja contemplar entre los adventistas. Es por ello que al considerar esta temática una de nuestras colaboradoras se expresa de la siguiente manera:

“Generalmente uno como cristiano hace una separación, más que nada simbólica, entre un cristiano y no cristiano, el cristiano es el creyente, es decir, el que cree en Dios. El no cristiano... el que no cree en Dios, a este le llamamos mundo o nos referimos a él como a alguien que pertenece al mundo, dicho de otra manera se trata de las personas que rechazan la vida espiritual y que por supuesto no viven en concordancia con las enseñanzas bíblicas. Y en cuanto a la mundanalidad se apunta a lo mismo, es todo lo que no está acorde con los principios o creencias cristianas” (Mujer 59, agosto 2018).

Vinculado a lo anterior, otro de los entrevistados señala que para él “...el mundo es algo tan simple como no hacer lo que Dios quiere, o no hacer lo que la Biblia dice que debemos hacer... si yo me aparto de eso, ya estoy haciendo lo que el mundo quiere que haga” (Hombre 42, 2018). Si observamos los extractos recién presentados se puede concluir que la distinción entre lo mundano y lo no mundano no es solo en términos de sujetos individuales sino que es una distinción de prácticas y de estilos de vida.

Una vez clarificadas las distintas percepciones de mundanalidad que poseen los adventistas (la primera como un elemento ajeno al contexto religioso y la segunda como una serie de elementos inmorales que se contraponen y atentan contra lo dogmático) y después de profundizar sobre la segunda concepción (la más significativa para el presente trabajo), es pertinente preguntarse de que forma la mundanalidad se relaciona con lo moderno o más bien dicho de qué forma lo relacionan los adventistas, tomando en consideración que lo mundano ha existido desde los orígenes de la cristiandad siendo el propio Jesús quien resaltó el concepto en los evangelios.

Según lo que exponen los entrevistados, la modernidad como proceso cultural instauro un estilo de vida secularizado y por consiguiente una serie de prácticas que según la ética cristiana-adventista son inmorales y anti-valóricas (contrarias a su concepción de valores). Dicho de otra manera, la modernidad produjo un ideario que se opone a los valores tradicionales de occidente, esto tomando en consideración que Europa y América poseen una

base cultural judeo-cristiana sólida e interiorizada. Vinculado a esto, uno de nuestros colaboradores acotó que:

“... [La modernidad] es una etapa complicada, porque con ella han surgido una cantidad significativa de anti valores y ha traído serias consecuencia en las conductas de la personas, en las formas de ser, en las ideologías y en todo ámbito de la sociedad. Yo creo que producto de la modernidad hemos mal entendido la libertad y hemos desembocado en una especie de libertinaje que atenta contra los valores y principios establecidos. Este panorama ha ocasionado que no se respeten la creencias de los demás y menos cuando esas creencias son religiosas” (Hombre 58, septiembre 2018).

Como se puede apreciar, los entrevistados aluden una vulneración de principios que no son propios de la modernidad, principios que son de origen cristiano pero que los consideran universales “como por ejemplo el amor a Dios y al prójimo, que repercute en otros valores como el respeto, la obediencia, la tolerancia, la mansedumbre y la solidaridad” (Mujer 60, septiembre 2018). En otras palabras, el proceso de modernidad generó un desplazamiento y una mutación en los valores tanto individuales como colectivos, es por eso que los nuevos principios al ser contrarios a la ética cristiana son catalogados como mundanos junto con quienes los ejercen y/o practican.

En síntesis, y según lo que postulan nuestros colaboradores, esta percepción de modernidad se significa como un proceso cultural que ha potenciado la degradación del ser humano, tanto su dimensión ética como en su dimensión moral, es decir, ha hecho que se modifiquen las percepciones sobre lo que es bueno y lo que es malo, instando al ser humano a que haga uso de su libertad (la capacidad de decidir o el libre albedrío) como bien prefiera o le parezca.

La idea de proceder según los deseos y las convicciones personales es lo que los entrevistados han denominado como relativismo valórico (Hombre 58 – Mujer 53, septiembre 2018), aludiendo a las diversas posturas he ideas que pueden tener las personas a la hora de catalogar lo que es bueno y lo que es malo o lo que es verdad y lo que es mentira.

El relativismo valórico, si tomamos en consideración que conlleva el cuestionamiento de la ética preestablecida, es una idea que está en total concordancia con la propensión de desplazar a la divinidad hacia un segundo plano (cabe resaltar que hablamos de desplazar a la divinidad y de adoptar un estilo de vida secular pero no necesariamente de incredulidad),

elemento que será abordado en otro apartado del subtema (La modernidad para los adventistas).

Como ya se mencionó con antelación, esta noción de modernidad como un proceso que impulsa la mundanalidad, se caracteriza por desarrollar un estilo de vida secular, contrario a los estándares de comportamiento cristiano o, por lo menos, alejado de estos últimos. Este desajuste en el *statu quo* valórico se introdujo en todas las dimensiones de la existencia humana, tanto en la esfera personal-individual como en la esfera pública-colectiva. Un ejemplo de esto último, es lo emitido por una de las entrevistadas al señalar que la modernidad:

“...ha significado una reestructuración física y valórica de la familia, que es la entidad base de toda sociedad. Esta reestructuración ha provocado una serie de procesos que son negativos para el ser humano, y los resultados no podían ser de otra forma. Que quiero decir con todo esto, si la familia no posee ningún tipo de valores la sociedad en su conjunto tampoco los va a tener (...). Al desmoronarse la familia tradicional, desaparecieron una serie de principios elementales como el respeto, el amor, la empatía, entre otros... hoy en día lo único que esta sociedad moderna ensalza o valora es el individualismo y lo que yo puedo hacer por mí mismo” (Mujer 48, agosto 2018).

Una vez esclarecida la relación entre la modernidad y la mundanalidad, que es establecida por un grupo de los entrevistados, resulta pertinente describir a este grupo y profundizar en su categorización, ya que posee características específicas que sin lugar a dudas condicionan sus ideas y por lo tanto sus respuestas. En primer lugar, y en lo que se refiere a la categoría de sexo, fue una cantidad equitativa de hombres y de mujeres las que se refirieron a lo moderno como algo mundano (específicamente 3 hombres y 4 mujeres), lo que conlleva una avenencia o concordancia al respecto.

En segundo lugar, al abordar la categorización etaria se denota una polarización significativa entre un grupo y el otro, ya que se establece una tendencia donde solo los adventistas mayores de 46 años se refieren o consideran la modernidad como algo mundano, exceptuando a uno de los colaboradores que posee cuarenta y dos años y que por lo tanto se encuentra cercano al umbral que divide la categoría etaria. Tomando en cuenta esta condición se les podría considerar como parte de un mismo grupo.

Se observa que entonces que los adventistas mayores poseen una visión o un enfoque más conservador de los comportamientos y de la moral, mientras que los adultos-jóvenes

albergan una percepción más distendida al respecto. Esta interpretación adquiere mucho más sentido cuando la distinción antes aludida (ser más o menos conservador según el rango etario del individuo) se repite de forma constante en otros ámbitos de la sociedad.

3.2.2 La modernidad como lo nuevo sobre lo viejo.

La siguiente definición de modernidad, que también fue extraída de las conversaciones con nuestros colaboradores, posee la característica de ser la tesis más cotidiana o, mejor dicho, la más cercana al plano de lo material y de las posesiones como mercancías. En este sentido, la modernidad no es más que un proceso donde los elementos nuevos se van superponiendo sobre los elementos viejos. Sin embargo, como se observará en este apartado, esta superposición no se reduce solo a la innovación de productos y mercancías sino que se amplía hacia la aparición de nuevos estilos de vida y formas de ser vinculados a dichos productos.

Volviendo al primer punto, esta forma de concebir la modernidad hace una clara referencia a la producción en serie y a la proliferación de ciertos productos que son innovadores en la satisfacción de necesidades específicas del ser humano y que sin lugar a dudas condicionan su existencia, entendiendo esta última como sus prácticas, sus relaciones sociales, sus forma de pensar e inclusive la forma en que se considera a sí mismo. En este punto de lo expuesto está de más señalar que “dichas necesidades no siempre estarán validadas por la verdad bíblica, ya que, desde este último punto de vista, la naturaleza del hombre esta corrompida espiritualmente hablando” (Hombre 51, septiembre 2018).

En esta definición o interpretación de modernidad es reiterativo entre los colaboradores el concepto de tecnología, pero no como un conjunto de conocimientos propios de una técnica o de un campo del saber sino que como la aparición de ciertos objetos que estimulan un estilo de vida determinado, que según la mayoría de los entrevistados son perjudiciales para la espiritualidad y religiosidad del ser humano mientras que los otros, un conglomerado un tanto más reducido, los considera neutrales basando su beneficio o negatividad no en el objeto sino que en el uso que el creyente le otorga. En relación a la primera postura o tendencia, una de las entrevistadas señala lo siguiente:

“[...] para mí la modernidad son los avances que se van generando en diferentes ámbitos de la vida y de la sociedad, por ejemplo las nuevas tecnologías las redes sociales como el

Whatsapp y el Facebook... y también las nuevas tendencias que adoptan la personas, las cuales no siempre son buenas. Un ejemplo claro de esto último, son los temas hoy en día están en boga, como lo es el aborto libre... antiguamente jamás se le hubiese ocurrido a alguien que eso era normal o al menos no se decía abiertamente, pero hoy, en la actualidad ese mensaje a calado hondo en el pensar de muchas personas, sobre todo en las generaciones más jóvenes [...] otro de los elementos que ha potenciado la modernidad, según mi punto de vista, es la creación y masificación de ciertos estilos musicales que entregan mensajes perjudiciales para el ser humano, como por ejemplo el considerar a la mujer como un objeto sexual o el vulgarizar la vida íntima de una pareja, todos son elementos que sin lugar a dudas vulneran la integridad de las personas, hacen que estas piensen menos y se vuelvan cada vez más como animalitos” (Mujer 44, agosto 2018).

Como se puede apreciar a lo largo de esta declaración, se repite de forma constante la idea de algo nuevo remplazando o superponiéndose a algo viejo. En este sentido las Tecnologías de la Información y la Comunicación (TICs), son un elemento que los entrevistados asociaban de forma inmediata a la modernidad, resaltando aparatos electrónicos como los celulares, las computadoras y la televisión, además de softwares y/o plataformas como lo son las redes sociales. Se alude a estos elementos como a unos agentes que instan al ser humano a poseer un estilo de vidas arraigado en la conectividad y en la instantaneidad informativa (Mujer 48, agosto 2018).

Sin embargo, tal como se había señalado al principio, esta transición de lo nuevo a lo viejo no se reduce a cuestiones físicas o materiales. También se incorpora una comparación y/o contraste de prácticas, como es el ejemplo del aborto libre mencionado por la entrevistada: un accionar que en el pasado era considerado por gran parte de la sociedad como algo extraño y moralmente incorrecto, mientras que en el presente un número significativo de personas lo consideran un derecho y por lo tanto aceptable. De esta forma el traspaso, ya sea progresivo o abrupto, de lo anticuado a lo actual es considerado como algo negativo por algunos de los entrevistados.

En este tipo de puntos, además de presentarse la relación entre lo viejo y lo nuevo o entre lo pasado y lo presente, se repite la idea central del apartado anterior, donde la modernidad es sinónimo de mundanalidad y, por tanto, depositaria de una serie de prácticas pecaminosas que son perjudiciales para la integridad del ser humano y para los estándares éticos-morales de un cristiano, como lo es en este caso la práctica de abortar. Ante tales casos, resulta pertinente acotar que las distintas definiciones de modernidad expuestas en esta

investigación no son contrarias o descartables entre sí, llegando al punto en que los entrevistados combinan conceptos y generan definiciones mixtas en torno al fenómeno.

Por otro lado, en lo que se refiere al otro grupo de entrevistados también aluden a la modernidad como un proceso que propulsa la masificación y utilización de objetos tecnológicos e innovadores, junto con la adquisición de prácticas e ideas subsecuentes. Sin embargo, como ya se mencionó con anterioridad, la diferencia entre este grupo y el otro no radica en la connotación negativa o positiva que se le otorgue al elemento sino en las formas de su uso. En otras palabras: lo que es beneficioso o perjudicial radica en las prácticas que se pueden generar en torno al elemento llámese este TICs, objeto tecnológico, etc- y no en el objeto propiamente tal. En cuanto a esta perspectiva, uno de los colaboradores apunta a la modernidad como una herramienta:

“que ha permitido que la Iglesia llegue a lugares donde no se podía llegar, porque antes no había internet, no habían teléfonos inteligentes, no habían medios de transporte adecuados, etc. De hecho el trabajo que yo realizo [en el Colegio Adventista] visitando a los alumnos y a sus familias sería realmente complejo si no tuviese la tecnología o las redes sociales.

Entonces para mí la modernidad no es mala en sí, sino que es el uso de lo que es moderno lo que afecta para bien o para mal [...] La modernidad va a atender en contra de la religión siempre y cuando nosotros lo permitamos, inclusive estos elementos se podrían usar dentro de la Iglesia para beneficio de ésta y no es malo, no es pecaminoso. El problema radica en que muchas veces consideramos todo como negativo o demoníaco y hay que ser equilibrados en ese sentido. Para mí la modernidad, es un medio para llegar a otras personas con el mensaje [cristiano] que de otra forma no lo podría hacer” (Hombre 36, agosto 2018).

En esta cita el entrevistado, aparte de mencionar que el problema de la modernidad radica en las prácticas y no en los objetos, introduce otra dimensión de la modernidad “como avances tecnológicos”, una dimensión con características positivas y benéficas para el creyente, y no solo para este, sino que también para la propagación del mensaje bíblico. La propagación que se menciona aquí está directamente relacionada con la accesibilidad hacia lugares remotos, mediante las TICs o los medios de comunicación masivos, elementos que en su origen no fueron pensados para dichos propósitos, pero que aun así la IASD ha hecho usufructo de estos.

Por otro lado, el colaborador pone de manifiesto los distintos puntos de vista que se pueden generar en torno a esta concepción de modernidad. Tales puntos de vista reiteran la idea de un conflicto moral donde las fuerzas del bien y el mal colisionan con el fin de ganar más adeptos para sus filas. Esta conflagración se materializa en el primer grupo de

adventistas, al considerar lo moderno o lo nuevo como algo negativo y al recordar una aparente “edad de oro” donde la vida, sus prácticas e inclusive los objetos eran moralmente positivos. Mientras que en el segundo grupo la oposición entre el bien y el mal se reduce a las prácticas que se pueden generar en torno a lo moderno, otorgando a la subjetividad o al libre albedrío un protagonismo mucho mayor.

En este punto del análisis es importante no radicalizar o absolutizar las posturas ya que también se manifiestan algunos entrevistados que consideran la modernidad de los avances tecnológicos como algo positivo, pero en ninguna medida indispensable para la predicación del mensaje adventista. En otras palabras, esta percepción de modernidad radica en que los objetos catalogados como modernos:

“son beneficiosos [...] son un buen elemento que se puede utilizar de formas beneficiosas y si están a la mano hay que ocuparlos. Sin embargo, pienso que cuestiones como las redes sociales no poseen la profundidad ni la eficacia que tiene el contacto directo entre las personas. Creo que se pueden utilizar estas alternativas innovadoras, sobre todo en las generaciones más jóvenes, pero siempre deben ir acompañadas del recurso humano” (Mujer 34, agosto 2018).

En conclusión, la percepción de modernidad a la que se ha aludido en este apartado, es básicamente la de un proceso de transición donde se pasa de un ser-estar antiguo a un ser-estar nuevo. Esta sucesión de etapas se caracteriza por la adquisición y masificación de objetos tecnológicos que llevan al ser humano a poseer un estilo de vida nuevo y por lo tanto distinto al antiguo. Los objetos antes mencionados serán perjudiciales para la ética por el simple hecho de ser o poseerán alguna negatividad dependiendo del uso que se les dé. Esta última variante, como se observó a lo largo del apartado, dependerá del tipo de creyente al que se refiera.

Vinculado a esto último, resulta pertinente una vez más caracterizar a los entrevistados que emitieron los juicios antes expuestos. A diferencia de la temática anterior, en este apartado sí se produjo una gran diferencia entre la opinión de las mujeres y de los hombres. Esto se debe a que son principalmente las mujeres (específicamente cuatro) las que consideran lo moderno como un pasar de etapa de algo viejo a algo nuevo. De este grupo la mayoría son adultas-jóvenes (29 - 45) y por lo tanto previsiblemente más relacionadas con las tecnologías (más allá de si la consideran buenas o malas). En lo que se refiere al único hombre que relacionó lo tecnológico con la modernidad cabe señalar que posee cuarenta y

ocho años y por lo tanto se le puede considerar como un grupo que posee similitudes generacionales.

En lo que concierne al único hombre que abordó de manera profunda lo moderno desde este ámbito, cabe señalar que también fue el único que hablo positivamente de esta relación entre modernidad y tecnología y mantuvo esta postura a lo largo de la conversación. Al interpretar este panorama particular, se puede acotar que el entrevistado es el menor de todo el grupo aquí tratado (36 años), además de trabajar en una esfera donde está en constate relacionamiento con los jóvenes y con su espiritualidad, lugar donde los objetos tecnológicos posee un protagonismo relevante en programas y actividades variadas. Dichos elementos sin lugar a dudas condicionan la perspectiva que se posee sobre la modernidad.

3.2.3 Desplazamiento: el hombre y la divinidad

Esta última definición de lo moderno, es la que más se asemeja a las premisas presentadas en la problematización y de alguna forma engloba las percepciones antes aludidas. Esto se debe a que el incremento de la mundanalidad y la adquisición de un nuevo estilo de vida basado en las tecnologías pueden posicionarse bajo una categoría mucho más amplia: el desplazamiento de la divinidad y la adopción de un estilo de vida secular por parte del ser humano. Como se puede observar esta concepción está mucho más relacionada con una definición académica de modernidad, al menos en un ámbito religioso-cultural.

La dimensión aquí manifestada, no se aboca solo a un determinado estila de vida ni a ciertas formas de proceder. Su profundidad apunta hacia la relación directa que se puede establecer entre el ser humano y Dios, destacando en este sentido el constante desligue o alejamiento que ha manifestado el ser humano desde que apareció la modernidad. Si bien los entrevistados entienden la modernidad como una temporalidad pasada, también son conscientes de su condición cómo proceso histórico, es decir, como un proceso que se instauro en el pasado de forma progresiva, pero que aún repercute y se encuentra vigente en la actualidad. Una de las entrevistadas, recalcando el sentido histórico de la hipótesis, señala lo siguiente:

“Muchas veces hablamos de la modernidad en nuestro diario vivir, pero si tuviese que acudir a mi formación académica diría que la modernidad es una etapa histórica donde se produjeron ciertos procesos o cambios en distintos ámbitos, como por ejemplo en el arte. Sin embargo, no considero que eso se haya acabado, creo que la modernidad estableció una serie de

elementos que permanecen hasta nuestros días y que actualmente causan disputas (...). A modo de ejemplo se me ocurre la influencia que puede ejercer la Iglesia o lo religioso, sobre el Estado y los espacios públicos. Ese es un gran punto si tomamos en consideración que antes de la modernidad, durante la edad media, la Iglesia era dueña y señora de todo”. (Mujer 32, agosto 2018).

Uno de los aspectos más relevantes que se menciona en esta cita, es la pérdida de autoridad por parte de la Iglesia y con esto la importancia que se le otorga a la divinidad (si bien la entrevistada se refiere a la Iglesia Católica, es evidente que la secularización afecta a todas las religiones). Dicho esto, resulta obvio que los creyentes consideren esta idea de modernidad como algo negativo y antirreligioso, llegando al punto de acusarle como a un agente destructor. Ante esto, se debe recordar que con la llegada la modernidad surgen tendencias como el humanismo y con ello la exaltación de la razón humana, provocando un desplazamiento de la fe hacia un plano de lo supersticioso y de la ignorancia. Para ejemplificar lo anterior la experiencia de vida adquiere una importancia significativa para la investigación y es por eso que uno de los entrevistados relata su vivencia personal de la siguiente manera:

“Para mí la modernidad destruyó mi fe, rompió el altar donde Dios estaba y al caer al piso vi que la figura era solo de yeso, había algo penoso en todo esto, no me afectó ver la estatua destruida, tampoco tenía intenciones de levantar la figura de Dios. En ese entonces yo estudiaba historia en una universidad equis [...] y había dos mundos que influenciaron y condicionaron mi espiritualidad. [...]. El primero fue el mundo académico con su conocimiento y su arrogancia, este ambiente me hizo creer que ser cristiano es ser ignorante [...] y el segundo la acción social, ver cómo miles de jóvenes estaban dispuestos a marchar, a perder la vida, a protestar por un mundo mejor, para cambiar la sociedad y dejarles a nuestros hijos un legado real. Mientras que la Iglesia dormía, y solo se prestaba para actividades sociales, cuestión que por supuesto mal interprete en ese momento” (Hombre 35, junio 2018).

El testimonio aquí presentado manifiesta de forma clara una concepción de modernidad que los creyentes atañen como negativa o antirreligiosa. Por otra parte, se reafirma el proceso de separación para con Dios a través de los dos puntos mencionados por el entrevistado: en primer lugar, la fe o la confianza en la divinidad son remplazadas por un conocimiento prácticamente positivista, donde todo aquello que no sea sensorial ni comprobable mediante el método científico se descarta o es catalogado como un cúmulo de ignorancia; este proceder conduce al ser humano en busca de nuevos sentidos para la vida y a la adquirir de una cosmovisión donde Dios no tiene lugar, llegando a posturas radicalizadas (en comparación a su postura original) donde el escepticismo y el ateísmo son la realidad. En

segundo lugar se expresa una idea que emana de la anterior, pero que tiene una connotación mucho más práctica. Con la exaltación de la razón humana se produce un sentimiento de autosuficiencia, donde ya no es necesaria la intervención de la divinidad debido a que el ser humano puede sustentarse y generar cambios radicales por sí mismo. Derivado de este paradigma ni siquiera la justicia de Dios es necesaria ya que el ser humano se considera capacitado para ejercer la suya propia y emendar lo que está mal, sobre todo en lo que concierne a las injusticias sociales y a las problemáticas propias de la trayectoria vital.

Como se puede observar, Dios es desplazado en dos dimensiones que son elementales en la naturaleza de una divinidad, primero como una fuente infinita y omnisapiente que otorga respuestas ante los misterio más profundos de la vida y del universo y, segundo, en su condición de Dios sostenedor-dador de bendiciones. De esta forma el espacio divino queda desocupado y pasa a ser utilizada por el ser humano y sus capacidades, des-sujetando el vínculo que existía entre ambos. En otras palabras y según esta definición:

“la modernidad es la era del hombre donde la imagen de este predomina, donde la escala y la medida de todas las cosas es el ser humano (...) y eso inevitablemente ha llevado a una crisis a la religión, ya que esta pasa a ser un elemento que no encaja en la idea del ser humano como el centro de todo” (Hombre 36, agosto 2018).

No obstante la razón humana no es considerada demoniaca en su condición misma de razón humana sino que es la exaltación de ésta la que perjudica y atenta contra la espiritualidad del creyente. En este sentido, se presentaron muchas opiniones que consideraban el razonar como un elemento positivo de la modernidad y en ninguna medida contradictorio a las enseñanzas bíblicas. La totalidad de los entrevistados llegó a señalar que de alguna u otra forma (explícita o implícitamente) su fe era racional, ya que ellos escogen creer en Dios sopesando los pros y contras que esto pudiese acarrear y priorizando esto antes que algún otro tipo de sentimiento (lo que tampoco significa que los sentimientos no tengan un lugar). Esta misma idea del raciocinio se extiende a la confiabilidad del relato bíblico donde los colaboradores apuntan a diversas fuentes históricas y arqueológicas para sustentar lo que dice la Biblia y por consecuencia sus creencias. Desde este nuevo panorama uno de los entrevistados explica que la razón nos direcciona hacia:

“la investigación que es una cualidad importante, ya que nos conduce a una permanente búsqueda de la verdad y eso es un mandato bíblico [...], entonces esta no podría tener incongruencias con la razón [...]. Por ejemplo, la ciencia valida a partir de Darwin que el

origen de la vida es producto de un proceso de miles de años, sin embargo, antes que sus ideas fueran popularizadas, ningún científico habría concluido que en el origen de la vida no estaba en Dios. Muchas verdades inician bajo presuposiciones que no son libres, es decir, nacen bajo una cosmovisión” (Hombre 51, septiembre 2018).

En síntesis, la razón como un elemento propio de la modernidad es positivo para el creyente siempre que ésta se encuentre bien direccionada y, por ende, sea un aporte para su consolidación espiritual y religiosa. No obstante cuando se encumbra a la razón humana al lugar que ocupa la divinidad, los cambios pueden ser radicales en el ciclo vital del cristiano, llegando al punto en que este puede rechazar a Dios y adoptar esa postura como un estilo de vida. A partir de esto es que la razón humana resulta positiva para el adventista siempre que se encuentre sujeta a los preceptos y enseñanzas bíblicas.

Referente a las categorización de este grupo, cabe mencionar que la mayoría eran hombres (tres hombres y una mujer), mientras que en lo etario la mayoría se concentraba en la sección de adultos-jóvenes. Sin embargo lo que resulta más interesante es que todos los entrevistados que se refirieron a la modernidad en estos términos habían completado estudios universitarios y aunque no son los únicos con formación universitaria, son los únicos ligados a disciplinas humanistas. En base a esto considero que más allá de su sexo o su rango etario, el haber estudiado una carrera con las características antes descritas es un factor determinante a la hora de desarrollar una definición de modernidad un tanto más compleja.

CONCLUSIONES

Las perspectivas de modernidad que existen en el adventismo, como se pudo apreciar en los subcapítulos anteriores, son diversas. La mayoría de los entrevistados aludió a la modernidad como un proceso cultural negativo donde el ser humano de alguna forma se aleja de Dios y ya no lo considera como un agente indispensable y necesario para su diario vivir.

No obstante, una cantidad no menor de colaboradores planteó la modernidad como una experiencia positiva, siempre y cuando no se vulneren ciertos principios catalogados como incuestionables e imperecederos. En relación a esto uno de los entrevistados declara que “debemos aprovechar las oportunidades, podemos modernizarnos pero no mundanalizarnos. Cuando la Iglesia lo ha hecho direccionados por el Espíritu Santo se ve que la Iglesia avanza” (Hombre 35, junio 2018).

La idea de que elementos propios de la modernidad, podrían ser y son utilizados como herramientas en la predicación del evangelio, es un pensamiento reiterativo en este pequeño grupo. Sin embargo, tal como se manifestó en la cita anterior, también postula la existencia de límites impenetrables o que no se debiesen traspasar. Es por eso que al intentar clarificar tales demarcaciones una de las colaboradoras relata:

“Nosotros creemos que el cuarto mandamiento, que habla sobre guardar y dedicar el sábado a Dios, sigue vigente [...] y eso para los muchachos que van a la universidad es realmente complejo cuando tienen que rendir alguna evaluación [...]. Ellos reconocen en el conocimiento, en la razón, principios indispensables para la realización de sus vidas (por algo van a estudiar), pero es en ese tipo de circunstancias donde ellos deben decidir. Yo recuerdo que cuando estuve en la universidad y se presentaban este tipo de situaciones, conversaba con los profesores para que me cambiaran los días de la pruebas y todos accedían, pero había un profesor que creo era del área de filosofía que siempre me cuestionaba, porque según él lo que yo le planteaba era totalmente descabellado” (Mujer 34, agosto 2018).

Relatos como este, grafican esa relación que se expuso en la problematización: una relación de beneficio y perjuicio o de bendición y maldición que vincula a los adventistas con la modernidad. Como ya se mencionó en el subcapítulo anterior y en la cita recién expuesta, existen muchos adventistas que valoran la razón, el conocimiento (extra bíblico o en conjunción con éste) y la búsqueda de la verdad, pero todos estos elementos siempre quedan sujetos a los principios emanados de la Biblia. Pero también se expresa el primer grupo mencionado en este apartado que concibe todo lo moderno como algo negativo y

antirreligioso. Es por eso que resulta pertinente preguntarse si la modernidad como proceso cultural es beneficiosa o perjudicial para los adventistas.

El primer grupo, que decanta hacia una concepción negativa de la modernidad, está constituido en su mayoría por colaboradores de un rango etario mayor (46 o más años), esto no quiere decir que no hayan adultos-jóvenes inclinados hacia esta tendencia o adultos que se excluyan de esta, no obstante, con el fin de caracterizar la integridad del grupo sería pertinente señalar que la excepciones son mínimas.

Por un lado, al considerar las conversaciones y los rangos etarios, se puede interpretar que la postura de este conglomerado se debe a lo que han visto y experimentado en su trayectoria vital (idea expuesta en el subcapítulo anterior), ya que en la mayoría de las conversaciones sus argumentos provenían de la memoria, ejerciendo un trabajo de evocación donde traían al presente recuerdos de su pasado, manifestándose tanto vivencias propias como las de otros. Por otro lado, este grupo tiene la característica de ser bastante reticente hacia lo nuevo (una de las concepciones de modernidad) y cifrar en el pasado un entorno donde todo era mejor. Sumado a esto, la mundanalidad es una característica intrínseca de la modernidad que hace caer en pecado y por ende distanciarse de Dios.

En síntesis, para este grupo de creyentes la modernidad es un claro factor de tensiones que asedia por lo general a los más jóvenes de la denominación, pero no exclusivamente a estos. Es un proceso o un estado plagado de anti valores y de la desconsideración de Dios, los cuales vulneran no sólo la espiritualidad y la religiosidad de los creyentes sino que la ética de la sociedad en su conjunto, una ética que se encuentra obviamente arraigada a los rudimentos cristianos.

El planteamiento de una postura como esta mantiene un vínculo innegable con la edad de los entrevistados (una de las categorías base de esta investigación), es una inclinación que se podría catalogar como bastante conservadora, si entendemos este concepto como la pretensión de mantener ciertos valores morales considerados como tradicionales, en oposición a algún tipo de cambio o de reforma.

En lo que respecta a grupo más joven, lo que se han denominado como adultos-jóvenes (20 – 45 años) se caracterizan por poseer una postura más flexible frente a lo

moderno, pero al igual que en el grupo anterior hay acepciones a la regla, presentándose adultos que comparten su postura menos rígida y habiendo adultos-jóvenes con una visión conservadora como la que se expuso con antelación. Este grupo está consciente de la dimensión negativa que presenta su contra parte, sin embargo no alude a la modernidad como a un fenómeno totalmente perjudicial, llegando al punto donde extrae elementos positivos y provechosos de la modernidad, provechos en la búsqueda de la verdad y en la propagación del mensaje bíblico.

Si abordamos la modernidad desde la perspectiva donde lo nuevo reemplaza a lo viejo, este grupo está dispuesto a realizar una serie de cambios que considera adecuados y pertinentes para la mejora de la Iglesia y para el avance de sus propósitos, pero en ninguna medida pretende vulnerar los principios fundamentales del dogma, ni desechar los pilares que caracterizan a la denominación como una fiel seguidora de la Biblia. Fundamentando esta línea uno de los entrevistados señaló que:

“Actualmente la sociedad mira al cristianismo como a una entidad descontextualizada, arcaica y esto debe a que la sociedad avanza rápidamente hacia tendencias y cosmovisiones que el cristianismo no avala; esto inevitablemente crea tensiones, muchas veces da paso para que surjan ideas extrañas dentro de la Iglesia y se debe a que nadie quiere sentirse como un bicho raro, es un panorama innegable y hasta cierto punto entendible [...]. Sin embargo, sigo pensando que la Iglesia debe modernizarse en aspectos formales, como en el rito, en la estructura, en las relaciones interpersonales, en las formas de evangelizar (proceso que ha ocurrido a lo largo de la historia), y es en estos sentidos donde pienso que la modernidad tiene cabida, pero no debe cambiar en la esencia ese aspecto debe mantenerse inalterable” (Hombre 36, agosto 2018).

Como se puede apreciar, la doctrina es inmutable para cualquier adventista que se encuentre arraigado en su fe, no obstante el grupo más joven no cierra las puertas de manera absoluta a la modernidad. Entonces no es que nos encontremos frente a un grupo que posea principios del todo modernos, ni que posea una ideología secular, ni tampoco que desarrolle un estilo de vida a fin; por el contrario se trata de un conglomerado (parte de los entrevistados) que aprovecha ciertas oportunidades con el fin de beneficiar a la Iglesia y su mensaje, proceder que se puede repetir en otros contextos e instituciones seculares.

Desde esta perspectiva el grupo más joven se mantiene, o pretende mantenerse, en un delicado equilibrio entre lo que ellos consideran como moderno y entre lo que constituye sus principios y formas de religión. De forma contraria el grupo mayoritario, que hemos denominado como el grupo de los adultos, descarta de forma plena todo lo que esté ligado a

la modernidad al considerar este proceso cultural como perjudicial para la vida espiritual del creyente y para la ética en general. Ante fenómenos como este resulta pertinente saber cómo se enfrenta este grupo de creyentes a la modernidad, de lo cual surgieron variada posturas.

En esta línea algunos entrevistados se plantan ante las problemáticas que les acarrea la modernidad con una postura de resignación y estoicismo, llegando al punto donde consideran apropiado tratar las problemáticas y no eludirlas. Vinculado a esta idea, una de las entrevistadas menciona que la modernidad y sus problemáticas:

“han llegado para quedarse porque están inmersas en toda la sociedad, en la mayoría de los sujetos de forma inconsciente creo yo, y la Iglesia pese a que posee una apertura incipiente a este tipo asuntos, está avanzando lentamente en ello; especialmente cuando se trata de conservar a los más jóvenes... hay que extraer lo bueno de todo y utilizarlo. Muchos no estarán de acuerdo, pero es una idea bíblica... cuando el apóstol Pablo dice: Examinadlo todo; retened lo bueno (1 Tesalonicenses 5:21)” (Mujer 48, agosto 2018).

Sin embargo también existen algunos colaboradores que poseen una mirada más negativa respecto al asunto, señalando que la Iglesia “no se enfrenta a la modernidad, sino que más bien se deja llevar (...). Creo que son muy pocos los creyentes que se detienen a pensar si está bien lo que hace, cómo se está haciendo o qué estoy utilizando” (Mujer 32, agosto del 2018). Desde esta perspectiva, el creyente considera apropiado poner un freno tajante a fenómenos como la modernidad para que de alguna manera la Iglesia no se vea contaminada por las nuevas ideologías.

Comparando estos dos grupos se puede deducir que la modernidad es una temática compleja dentro de la denominación, entendiendo a esta última como a un grupo de creyentes y no como a una oficialidad propia de la gestión administrativa de IASD. Esta investigación al abordar las percepciones íntimas de cada sujeto, y no una postura o discurso oficial, profundiza aún más la complejización permitiendo que afloren una serie de posturas que no necesariamente son consistentes entre sí.

No obstante si habláramos de la generalidad de la muestra la modernidad resultaría evidentemente un factor tensionante para la espiritualidad del creyente, especialmente de los más jóvenes, instándolos a alejarse de Dios, a considerarlo dispensable para sus vidas e inclusive a cuestionar su existencia adoptando ideologías propias de la modernidad como el ateísmo y el escepticismo, además de la incorporación de un estilo totalmente secularizado

donde cualquier tipo de rito o práctica espiritual, como la oración, leer la Biblia o congregarse carece de significado.

Como se pudo apreciar a lo largo de los capítulos, son variadas las conjeturas que emanan de la investigación. En lo que respecta al inicio del análisis, y aludiendo al carácter exploratorio e inductivo de este proyecto, las definiciones de modernidad destacan como un elemento de importancia ya que dichas concepciones condicionan la forma en que los adventistas se relacionan con la modernidad.

La primera definición de modernidad tenía una carga valórica del todo negativa, al considerarla como un equivalente de mundanalidad y por lo tanto de pecado. En este punto es apropiado recordar que existe otra definición de lo mundano que es de un carácter banal y por lo tanto menos relevante para esta investigación. En base a todo lo indagado, se llegó a la interpretación personal de que la modernidad no es la creadora de lo mundano sino que una potenciadora de este. En otras palabras la mundanalidad no se origina con la modernidad (ni en su temporalidad histórica, ni en su condición de proceso cultural), no obstante si promueve un escenario secularizado donde se acepta e interioriza la mundanalidad.

La segunda definición plantea lo moderno como un proceso cultural donde lo nuevo (objetos, prácticas, etc.) se antepone o reemplaza a lo viejo. En esta línea muchos de los entrevistados pensaban en objetos tecnológicos y en las prácticas que estos ocasionan, destacando un estilo de vida ensimismado y alejado de todo dogma. Esta concepción poseía más de una postura, algunos creyentes lo consideraban del todo negativo y perjudicial para la vida espiritual, mientras que otros piensan que hay que aprovechar lo positivo de esta modernidad, sin vulnerar los principios fundamentales.

La tercera definición, se postulaba como una concepción academicista del fenómeno, donde la modernidad, al menos en un lineamiento cultural, significa el distanciamiento de Dios, el declararlo como dispensable para la existencia y de alguna forma la entronización del ser humano en el lugar que antes concernía a Dios. Tomando como base estos puntos genéricos se llegó a la conclusión de que esta definición (con características macro) sostiene y fundamenta a las otras dos. Dicha interpretación se debe a que ambas definiciones conservan un principio que es elemental en la tercera: el hecho de alejarse de Dios como orientado y sustentador.

El otro punto que posee relevancia es la identificación del ciclo de vida adventista y su relación con la modernidad. En dicha temática se presentaron tres etapas: la primera es la que tiene relación con la niñez y con la adquisición del ideario adventista por parte de distintas instituciones como la familia, la Iglesia y los establecimientos educacionales. En este punto de la trayectoria la modernidad no posee una gran injerencia ya que son los padres o agentes externos los que direccionan a los niños, fenómeno que se debe a su obvia condición de menores.

Sin embargo, la segunda etapa es donde se producen las mayores tensiones con la modernidad, la etapa por donde transitan adolescentes y jóvenes se caracteriza por una mayor búsqueda de autonomía en el pensamiento y por la posibilidad de experimentar nuevas vivencias. Este proceso desencadena los primeros cuestionamientos significativos, cuestionamientos que se manifiestan en todo ámbito de la existencia y la dimensión espiritual no es la excepción. La experiencia dubitativa, más el deseo de priorizarse a sí mismo pueden llevar al creyente a caer en extremos como el ateísmo o, como mínimo, a un estado donde el dogma permanece intacto pero las prácticas son modificadas.

Respecto a la adultez, esta se constituye por un estado de mayor constancia en lo espiritual, donde las concepciones de modernidad ya no afectan tanto, no obstante, no se está exenta de ellas. A lo largo de esta trayectoria vital el creyente busca estar en constante relacionamiento con la divinidad (principio contrario al implantado por la modernidad) para poder acceder al “otro ciclo vital” donde vive eternamente y en un contacto directo con Dios. Esta última idea es fundamental si se comprende a la modernidad como un elemento tensional de lo espiritual ya que si el ser humano se aparta de ésta es justamente para tener acceso al espacio idílico.

En síntesis es evidente que la modernidad para los creyentes adventistas significa un elemento de tensión más que de consolidación de su religiosidad, entendida esta como la conjunción de prácticas y creencias. Es comprobable la existencia de posturas menos rígidas las cuales abalan ciertos aspectos de la modernidad, como por ejemplo el uso de la razón para buscar la verdad o la aceptación de nuevas tendencias que de alguna forma puedan ser beneficiosas para la Iglesia. Pero si hablamos del general de los entrevistados la modernidad

es un proceso negativo que ocasiona estragos en la espiritualidad y en la religiosidad del creyente.

Esta investigación, proporcionó un número significativo de temáticas que por cuestiones de espacio y de prioridades no se pudieron desarrollar en este trabajo. Muchos de estas temáticas tienen relación con la modernidad, con lo religioso o con la conjunción de ambas. En este ámbito se podría partir del hecho de que el adventismo es solo una muestra en la relación religión-modernidad, infiriendo que en otros tipos de espiritualidad (sean estas cristianas o no) se pueden desarrollar otros tipos de relacionamientos donde las tensiones no existen o donde pueden ser incluso más agudas.

En lo que atañe a ciertas temáticas esbozadas por los entrevistados, y que serían interesantes espacios de exploración a futuro, destaca el factor de lo urbano (otro elemento típicamente asociado a la modernidad), ya que uno de los entrevistados señaló que era muy diferente ser un adventista de ciudad a ser un adventista de campo, elemento que también puede condicionar las concepciones frente a lo moderno. En esta misma línea, una de las colaboradoras menciona que el adventismo es diferente de un continente a otro señalando que en Latinoamérica y en África son mucho más conservadores que en Europa y en Norteamérica, aludiendo a que la modernidad es mucho más aceptada en estos últimos. De esta forma se introduce o se proporciona un nuevo factor condicionante como lo es la territorialidad.

La aparición incompleta de estos postulados resulta beneficioso para la investigación ya que permite dejar en evidencia que la temática no se limita a lo expuesto, ni engloba a la totalidad de los creyentes. Por otro lado, este tipo de elementos proporcionan las bases para generar un trabajo de proyección donde las hipótesis se trasladan hacia otros ámbitos permitiendo el desarrollo de nuevos trabajos e investigaciones.

BIBLIOGRAFÍA

- Alby, J.C. (2015): Milagros de curación en la tradición médica tardo-antigua. *Teología y Vida* 56, 219-238.
- Arendt, H. (2009): *La condición humana*. Buenos Aires: Paidós.
- Ashton, J. (2015): *Evolución imposible. Doce razones por las que la evolución no puede explicar el origen de la vida sobre el universo*. Buenos Aires: ACES.
- Berger, P. (1999): "The Deseccularization of the World: a Global Overview." The Deseccularization of the World. Michigan: Ethics and Public Policy Center.
- Biblioteca Nacional de Chile (2018): *Las iglesias evangélicas en Chile (1819-2002). Memoria Chilena*. Recuperado de <http://www.memoriachilena.cl/602/w3-article-712.html>
- Blancarte, R. (2014): *Dilemas del pasado y retos del presente para la laicidad en América Latina*, en Ana María Stiven: *La religión en la esfera pública chilena: ¿Laicidad o secularización?* Santiago: Ediciones Universidad Diego Portales.
- Bravo, F. (2016): El estudio de la biblia en un grupo de creyentes protestantes de la Iglesia Adventista del Séptimo Día en Colombia. *Sociedad y Religión* 46, 114-153.
- Burke, E. (1993 [1790]): *Reflections on the Revolution in France*. Oxford: Oxford University Press.
- Cameron, W. (1962): Evangelismo-Pescando Hombres. Bendiciones de Dios sobre Valdivia. *Revista Adventista*, 17-19.
- Canale, F. (2011): ¿Por qué los Adventistas del Séptimo Día están adoptando los estilos de vida seculares? *Revista Theologica* 26, 86-136.
- Casanova, J. (1999): España, de la iglesia estatal a la separación de Iglesia y Estado. *Historia Social* 35, 135-152.
- Colombani, M. (2007): Dios después de la muerte de Dios: San Agustín, Nietzsche y la invención, de una nueva territorialidad. Ponencia presentada en las III Jornadas

Diálogos entre Literatura, Estética y Teología: Lenguajes de Dios para el siglo XXI,
Buenos aires.

Cordua, C. (2011): El Humanismo. *Revista Chilena de Literatura* 84, 9-17.

Corpus, A. (2013): Religión “por la libre”. Un estudio sobre la religiosidad de los jóvenes.
Reseña. *Alteridades* 23, 147-151.

De Oliveira, E. (1986): *La mano de Dios al timón*. Buenos Aires: ACES.

Delumeau, J. (2014): *En busca del paraíso*. México: Fondo de Cultura Económica / Luna
Libros sas.

Di Stefano, R. (2011): Por una historia de la secularización y de la laicidad en la Argentina.
Quinto Sol 15, 1-32.

Dorra, R. (2009): ¿Qué es, entonces, lo sagrado? *Tópicos del seminario* 22, 15-51.

Durkheim, E. (1982): *Las formas elementales de la vida religiosa. El sistema totémico en
Australia*. Madrid: Akal Editor.

Durkheim, E. (1986): *Las reglas del método sociológico*. México: Fondo de Cultura
Económica.

Düssel, E. (1986): Religiosidad popular Latinoamérica (hipótesis fundamentales).
Cristianismo y sociedad 88, 103-112.

Galeano, E. (2013): *Las venas abiertas de América Latina*. Buenos Aires: Siglo Veintiuno
Editores.

Gibson, L. y Rasi, H. (2012): *Fe y ciencia*. Buenos Aires: ACES.

Gómez, C. (2015): La transformación postsecular de la relación entre religión y racionalidad.
Ideas y valores 64, 73-90.

González, A. (2003): *Crítica de la singularidad cultural*. Barcelona: Anthropos.

Habermas, J. (2008): El resurgimiento de la religión, ¿un reto para la autocomprensión de la
modernidad? *Diánoia* 60, 3-20.

- Hervieu-Léger, D. (2004): *El peregrino y el convertido. La religión en movimiento*. México: Ediciones del Helénico.
- Hernández, R., Fernández, C. y Baptista, M. (2010): *Metodología de la investigación*. México: McGraw-Hill / Interamericana Editores.
- IASD (2007): *Creencias de los Adventistas del Séptimo Día. Una exposición bíblica de las doctrinas fundamentales*. Buenos Aires: ACES.
- Iglesia Adventista del Séptimo Día (2016): *Adventistas en el mundo*. Brasil: IASD. Recuperado de <https://www.adventistas.org/es/institucional/los-adventistas/adventistas-en-el-mundo/>
- Illanes, J. L. (1988): Antropocentrismo y teocentrismo en la enseñanza de Juan Pablo II. *Scripta Theologica* 20, 643-665.
- Jorgensen, D. (1989): *Participant Observation a Methodology for Human Studies*. London: Sage Publications.
- Kant, I. (1784): *Idee zu einer allgemeinen Geschichte in weltbürgerlicher Absicht*, en *Berlinische Monatsschrift*, noviembre, 385-411. Recuperado de <http://gutenberg.spiegel.de/buch/-3506/1>
- Kraye, J. (1998): *Introducción al humanismo renacentista*. Cambridge: Cambridge University Press.
- León, M. (1997): *Sepultura sagrada, tumba profana. Los espacios de la muerte en Santiago de Chile, 1883-1932*. Santiago: DIBAM.
- Luengo, E. (1993): *La religión y los jóvenes de México: ¿El desgaste de una relación?* México: Universidad Iberoamericana.
- Liotard, J. F. (2009): *El entusiasmo. Crítica kantiana de la historia*. España: Editorial Gedisa.
- McFarland, K. (2006): *The Called... the Chosen*. United State of America: Herald Graphics.
- Mallimaci, F. (2004): *Catolicismo y liberalismo: Las etapas del enfrentamiento por la definición de la modernidad religiosa en América Latina*, en Jean-Pierre Bastian: La

- modernidad religiosa: Europa latina y América Latina en perspectiva comprada. México: Fondo de Cultura Económico.
- Martínez, A. (2011): Secularización y laicidad: Entre las palabras, los contextos y las políticas. *Sociedad y Religión* 36, 66-88.
- Montserrat, J. (2011): La religión en la modernidad. *Pensamiento* 67, 387-388.
- Navarro, J. (2017): La educación religiosa de los niños y su propia libertad. *Revista Derecho* 16, 1-18.
- Nuevo Tiempo (2004): *Quiénes somos*. Santiago: Nuevo Tiempo, Radio y Televisión. Recuperado de <http://www.nuevotiempo.cl/somosnuevotiempo/>
- Nuevo Tiempo (2013): *150 años de la Iglesia Adventista en Chile*. Santiago: Nuevo Tiempo, Radio y Televisión. Recuperado de <https://www.youtube.com/watch?v=6ipoibvyuaQ>
- Pacheco, M. (2004): *La separación de la Iglesia y el Estado en Chile y la diplomacia vaticana*. Santiago: Andrés Bello.
- Pacheco, W. (2004): Breve cronología histórica del cristianismo protestante en Chile (1572-1940) ¿Desde qué tiempo ya hay indicios de la presencia de los protestantes-evangélicos en Chile? *Colección de estudios evangélicos* 6, 1-20.
- Paz, O. (2008): *Apariencia desnuda. La obra de Marcel Duchamp*. Salamanca: Alianza Editorial.
- Plenc, D. (2013): *Misioneros en Sudamérica. Pioneros del adventismo en Latinoamérica*. Buenos Aires: ACES.
- Priora, J. C. (2007): *La ciencia histórica y la fe. Una perspectiva trascendente para enseñar e interpretar la historia*. Buenos Aires: ACES.
- Quispe, G., Burt, M., y Timm, A. (2013): *Legado Adventista. Un panorama histórico y teológico del adventismo*. Perú: Ediciones Universidad Peruana Unión.
- Real Academia Española (2014): *Diccionario de la lengua española*. Recuperado de <http://dle.rae.es/?id=SFVbedk>

- Restrepo, J. (2008): Renacimientos y Humanismos. *EN-CLAVES del pensamiento* 3, 165-174.
- Rion, R. (2006): *El profetismo en la obra literaria de T. S. Eliot* (Tesis Doctoral). Universitat Pompeu Fabra, Barcelona.
- San Agustín de Hipona (2014): *La ciudad de Dios*. México: Ediciones la Biblioteca Digital.
- Serrano, S. (2008): *¿Qué hacer con Dios en la Republica? Política y secularización en Chile (1845-1885)*. Chile: Fondo de Cultura Económica.
- Schwarz, R. W. (2002): *Portadores de luz. Historia de la Iglesia Adventista del Séptimo Día*. Argentina: Asociación Publicadora Interamericana.
- Sota, E. (2010): *Religión “por la libre”. Un estudio sobre la religiosidad de los jóvenes*. México: Universidad Iberoamericana.
- Todorov, T. (2008): *El espíritu de la Ilustración*. Barcelona: Galaxia Gutenberg.
- Toraine, A. (1994): *Crítica de la modernidad*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Tschannen, O. (1991): The Secularization Paradigm; a Systematization. *Journal for the Scientific Study of Religion* 30, 395-415.
- Urdaneta-Carruyo, E. (2005): Siglo XX cien años de infortunio y esplendor. *Gaceta Médica de México* 141, 75-84.
- Valadier, P. (2010): Lo divino después de la muerte de Dios según Nietzsche. *Universitas Philosophica* 54, 219-233.
- Vallerino-Bracho, C. (2005): Laicidad y Estado moderno: definiciones y procesos. *Cuestiones Políticas* 34, 157-173
- Wagner, P. (2017): Progreso y modernidad: el problema con la autonomía. *Sociología Histórica* 7, 95-120.
- White, E. (2005): *Conducción del niño. Como enseñar a su hijo el camino que debe transitar*. Buenos Aires: ACES.
- Winch, P. (1994): *Comprender una sociedad primitiva*. Barcelona: Ediciones Paidós Ibérica.

ANEXOS

Pauta de entrevista.

- 1.- ¿Cómo fue su crianza en el ámbito espiritual?

- 2.- ¿Qué tipo de prácticas o ritos contribuyeron en su formación religiosa durante su niñez y/o juventud? ¿Qué significaron dichas prácticas para usted?

- 3.- ¿Qué relevancia poseyó la escuela sabática y el estudio de la biblia en su niñez?

- 4.- ¿Qué importancia tuvieron las instituciones de educación adventista en la consolidación de su vida espiritual?

- 5.- ¿Qué es para usted la modernidad? ¿Con qué elementos lo identifica?

- 6.- ¿Cómo se valora la modernidad en la espiritualidad que usted recibió?

- 7.- ¿Qué elementos de la modernidad influyeron o condicionaron su trayectoria espiritual?

- 8.- A partir de su experiencia de vida, ¿en qué medida la fe y la razón son compatibles?

- 9.- ¿En qué rango etario cree usted que se produce comúnmente la consolidación o la tensión de la espiritualidad adventista? ¿Por qué?

- 10.- ¿Cree usted que se enfrenta el adventismo con el mundo moderno? ¿Cómo?

Pauta de observación

Fecha:

Lugar:

Práctica:

Hora de inicio:

Hora de término:

1.- Descripción e interpretación del ambiente físico

2.- Descripción e interpretación del ambiente social

3.- Actividades

4.- Artefactos que utilizan

5.- Hechos y prácticas relevantes

6.- Conclusiones

Tablas de entrevistados.

Hombres 29 - 45				
Temas	Sujeto 1 (35)	Sujeto 2 (36)	Sujeto 3 (36)	Sujeto 4 (42)
Formación adventista Familiar				
Formación eclesiástica	“Recuerdo una clase de Escuela Sabática que era la de intermediario y la recuerdo porque la tía era muy simpática y querendona, nos trataba como a sus hijos”.			
Lo nuevo		“...que ha permitido que la Iglesia llegue a lugares donde no se podía llegar, porque antes no había internet, no habían teléfonos inteligentes, no habían medios de transporte adecuados, etc. De hecho el trabajo que yo realizo [en el Colegio Adventista] visitando a los alumnos y a sus familias sería realmente complejo si no tuviese la tecnología o las redes sociales. Entonces para mí la modernidad no es mala en sí, sino que es el uso de lo que es moderno lo que afecta para bien o para mal (...) La modernidad va atentar en contra de la religión siempre y cuando nosotros lo permitamos, inclusive estos elementos se podrían usar dentro de la Iglesia para beneficio de esta y no es malo, no es pecaminoso. El problema radica en que muchas veces consideramos todo como negativo o demoniaco y hay que ser equilibrados en ese sentido. Para mí la		

		modernidad, es un medio para llegar a otras personas con el mensaje [cristiano] que de otra forma no lo podría hacer”.		
Modernidad	<p>“Para mí la modernidad destruyó mi fe, rompió el altar donde Dios estaba y al caer al piso vi que la figura era solo de yeso, había algo penoso en todo esto, no me afectó ver la estatua destruida, tampoco tenía intenciones de levantar la figura de Dios. En ese entonces yo estudiaba historia en una universidad equis y había dos mundos que influenciaron y condicionaron mi espiritualidad. (...). El primero fue el mundo académico con su conocimiento y su arrogancia, este ambiente me hizo creer que ser cristiano es ser ignorante (...) y el segundo la acción social, ver cómo miles de jóvenes estaban dispuestos a marchar, a perder la vida, a protestar por un mundo mejor, para cambiar la sociedad y dejarles a nuestros hijos un legado real. Mientras que la Iglesia dormía, y solo se prestaba para actividades sociales, cuestión que por supuesto mal interprete en ese momento”.</p> <p>“...no me supe mover entre todo lo que la modernidad presenta, no fui como Jesús o los apóstoles, yo</p>		<p>“Según mi opinión y por lo que he leído, la modernidad es la era del hombre donde la imagen de este predomina, donde la escala y la medida de todas las cosas es el ser humano (...) y eso inevitablemente ha llevado a una crisis a la religión, ya que esta pasa a ser un elemento que no encaja en la ideas del ser humano como el centro de todo”.</p> <p>“Actualmente la sociedad mira al cristianismo como a una entidad descontextualizada, arcaica y esto debe a que la sociedad avanza rápidamente hacia tendencias y cosmovisiones que el cristianismo no avala; esto inevitablemente crea tensiones, muchas veces da paso para que surjan ideas extrañas dentro de la Iglesia y se debe a que nadie quiere sentirse como un bicho raro, es un panorama innegable y hasta cierto punto entendible (...). Sin embargo, sigo pensando que la Iglesia debe modernizarse en aspectos formales, como en el rito, en la</p>	

LA PERDURABILIDAD DE LAS CREENCIAS ADVENTISTAS EN UNA SOCIEDAD MODERNA.

	fui Pedro, lo negué a tal punto que el gallo se cansó de cantar, fui Judas, lo entregue y traicione tantas veces que podría haberme comprado no solo un terreno sino varias hectáreas”.		estructura, en las relaciones interpersonales, en las formas de evangelizar (proceso que ha ocurrido a lo largo de la historia), y es en estos sentidos donde pienso que la modernidad tiene cabida, pero no debe cambiar en la esencia es ese aspecto debe mantenerse inalterable”.	
Mundanalidad	“...debemos aprovechar las oportunidades, podemos modernizarnos pero no mundanalizarnos. Cuando la Iglesia lo ha hecho direccionados por el Espíritu Santo se ve que la Iglesia avanza”.			“...el mundo es algo tan simple como no hacer lo que Dios quiere, o no hacer lo que la Biblia dice que debemos hacer... si yo me aparto de eso, ya estoy haciendo lo que el mundo quiere que haga”.
Falta de valores				
Adolescencia		“...los mayores cuestionamientos se producen en la etapa evolutiva de la adolescencia, que es una etapa que se caracteriza por las tensiones, por los ajustes, por las contradicciones y por la búsqueda de una identidad (...), y en la búsqueda de esa identidad es que [los adolescentes] prueban muchas cosas... y eso se produce porque los adolescentes de plantean desde el mundo de lo posible, ya no es tanto el dogma, las enseñanzas o la normas, sino que ellos comienzan a buscar la autonomía y producto de esto surgen la primeros cuestionamientos, ya que esa autonomía se produce en función de los		

		<p>padres y son ellos los que representan la religiosidad en la casa”.</p> <p>“Los jóvenes de hoy en día están buscando una identidad y espacios donde se sientan aceptados... y la iglesia está actuando de distintas formas para ser una opción en este sentido. Lo que se busca es que los adventistas más jóvenes se sientan plenos al decir yo soy adventista, y que obviamente eso sea suficiente para sus ansias de identidad”.</p>		
<p>Razón</p>	<p>“...espero no estar equivocado, pero creo que debemos utilizar la modernidad desde la religiosidad, usar todo lo que hoy existe, analizarlo estudiándolo con ojo crítico y viendo que es útil para llegar a aquellos que están en búsqueda de un camino, el cual el adventismo puede mostrar con el compromiso de acompañar a caminar por este. Creo que le tenemos miedo a la modernidad porque no sabemos cuánto poder tiene la fe y lo peor, no nos interesa ver más allá de lo que podemos ver (...). La relación podría mejorar si nos pusiéramos a estudiar y analizar todo lo que venga a nuestra mano, nos falta estudio, conocimiento, cultura, educación por lo tanto a todo lo que le tememos es por qué no lo conocemos por ende al no</p>			

	conocerlo, lo destruimos o demonizamos”.			
--	--	--	--	--

Hombres 46 – (+)				
Temas	Sujeto 5 (58)	Sujeto 6 (52)	Sujeto 7 (51)	Sujeto 8 (74)
Formación adventista Familiar				
Formación eclesiástica			<p>“...en la iglesia siempre se ha dicho que para mantener una vida espiritual solida son elementales llevar a cabo ciertas prácticas como leer la Biblia, orar y predicar el evangelio. Las dos primeras están vinculadas a la relación que tú posees con Dios (una relación vertical) y la segunda, está relacionada con el vínculo que estableces con otros seres humanos al traerlos a Cristo (una relación horizontal) [...], lo que también tiene que ver con el ir a la iglesia y estar con los hermanos”.</p>	<p>“Mi primera participación en la Iglesia fue estar en una orquesta infantil... teníamos triángulos, castañuelas y tarros con porotos...”.</p>
Lo nuevo			<p>“Por otro lado, algunos comprenden la modernidad como la adecuación progresiva de las necesidades humanas. Dichas necesidades no siempre estarán validadas por la verdad bíblica, ya que, desde este último punto de vista, la naturaleza del hombre esta</p>	

			corrompida espiritualmente hablando”.	
Modernidad				
Mundanalidad		<p>“...es un término que Jesús también utiliza, y la Biblia utiliza, cuando Jesús dice: <i>en el mundo tendréis aflicción...</i> (Juan 17:11). Claro... muchas veces en el evangelio la palabra mundo está asociada al mundo de pecado, es decir a las consecuencias de la desobediencia a Dios. En este sentido el mundo está asociado, o las prácticas mundanas están asociadas con elementos lejanos a los valores del evangelio y en otras ocasiones no, se refiere simplemente al planeta o a los habitantes del mundo”.</p>		
Falta de valores	<p>“...es una etapa complicada, porque con ella han surgido una cantidad significativa de anti valores y ha traído serias consecuencia en las conductas de la personas, en las formas de ser, en las ideologías y en todo ámbito de la sociedad. Yo creo que producto de la modernidad hemos mal entendido la libertad y hemos desembocado en una especie de libertinaje que atenta contra los valores y principios establecidos. Este panorama ha ocasionado que no se respeten la creencias de los demás y menos cuando esas creencias son religiosas”.</p>			
Adolescencia				

Razón			<p>“...la investigación que es una cualidad importante, ya que nos conduce a una permanente búsqueda de la verdad y eso es un mandato bíblico (...), entonces esta no podría tener incongruencias con la razón (...). Por ejemplo, la ciencia valida a partir de Darwin que el origen de la vida es producto de un proceso de miles de años, sin embargo, antes que sus ideas fueran popularizadas, ningún científico habría concluido que en el origen de la vida no estaba en Dios. Muchas verdades inician bajo presuposiciones que no son libres, es decir, nacen bajo una cosmovisión”.</p>	
--------------	--	--	--	--

Mujeres 29 - 45				
Temas	Sujeto 9 (32)	Sujeto 10 (44)	Sujeto 11 (34)	Sujeto 12 (37)
Formación adventista Familiar				
Formación eclesiástica	<p>“Ya que si nos abstenemos de algo es por amor a Dios y porque sabemos que será de beneficio para nuestras vidas, pero no para salvarnos”.</p>			<p>“porque como te vas a quedar en algo [la iglesia] si no eres parte de ese algo”.</p>

<p>Lo nuevo</p>		<p>“... para mí la modernidad son los avances que se van generando en diferentes ámbitos de la vida y de la sociedad, por ejemplo las nuevas tecnologías las redes sociales como el WhatsApp y el Facebook... y también las nuevas tendencias que adoptan la personas, las cuales no siempre son buenas. Un ejemplo claro de esto último, son los temas hoy en día están en boga, como lo es el aborto libre... antiguamente jamás se le hubiese ocurrido a alguien que eso era normal o al menos no se decía abiertamente, pero hoy, en la actualidad ese mensaje a calado hondo en el pensar de muchas personas, sobre todo en las generaciones más jóvenes... ...otro de los elementos que ha potenciado la modernidad, según mi punto de vista, es la creación y masificación de ciertos estilos musicales que entregan mensajes perjudiciales para el ser humano, como por ejemplo el considerar a la mujer como un objeto sexual o el vulgarizar la vida íntima de una pareja, todos son elementos que sin lugar a dudas vulneran la integridad de las personas, hacen que estas piensen menos y se vuelvan cada vez más como animalitos”.</p>	<p>“Son beneficiosos... son un buen elemento que se puede utilizar de formas beneficiosas y si están a la mano hay que ocuparlos. Sin embargo, pienso que cuestiones como las redes sociales no poseen la profundidad ni la eficacia que tiene el contacto directo entre las personas. Creo que se pueden utilizar esta alternativas innovadoras, sobre todo en las generaciones más jóvenes, pero siempre deben ir acompañadas del recurso humana”.</p>	<p>“Para mí las tecnologías son parte importante de la modernidad, pero en muchas ocasiones han hecho que el ser humano se pierda de sus familias y su entorno, ya que hoy en día pareciera que todos han sido consumidos por estos aparatos”.</p>
<p>Modernidad</p>	<p>“...muchas veces hablamos de la modernidad en nuestro diario vivir, pero si tuviese que acudir a mi formación académica diría que la modernidad es una etapa histórica donde se produjeron</p>	<p>“Nosotros creemos que el cuarto mandamiento, que habla sobre guardar y dedicar el sábado a Dios, sigue vigente... y eso para los muchachos que van a la universidad es realmente complejo cuando tienen que rendir alguna evaluación (...).</p>		

LA PERDURABILIDAD DE LAS CREENCIAS ADVENTISTAS EN UNA SOCIEDAD MODERNA.

	<p>ciertos procesos o cambios en distintos ámbitos, como por ejemplo en el arte. Sin embargo, no considero que eso se haya acabado, creo que la modernidad estableció una serie de elementos que permanecen hasta nuestros días y que actualmente causan disputas (...). A modo de ejemplo se me ocurre la influencia que puede ejercer la Iglesia o lo religioso, sobre el Estado y los espacios públicos. Ese es un gran punto si tomamos en consideración que antes de la modernidad, durante la edad media, la Iglesia era dueña y señora de todo”.</p>	<p>Ellos reconocen en el conocimiento, en la razón, principios indispensables para la realización de sus vidas (por algo van a estudiar), pero es en ese tipo de circunstancias donde ellos deben decidir. Yo recuerdo que cuando estuve en la universidad y se presentaban este tipo de situaciones, conversaba con los profesores para que me cambiaran los días de la pruebas y todos accedían, pero había un profesor que creo era del área de filosofía que siempre me cuestionaba, porque según él lo que yo le planteaba era totalmente descabellado”.</p>		
Mundanalidad				
Falta de valores				
Adolescencia			<p>“[Los colegios adventistas] realizan una serie de programas que contribuyen al ambiente familiar que este tiene... el hecho de orar, de cantar, de entender los principios del sábado, de la alimentación, etc.... todas esas cosas son bien entendidas en este contexto, fuera de él es más complejo y se realizan para predicar la palabra y para resguardar a los jóvenes”.</p>	
Razón				

Mujeres 46 – (+)				
Temas	Sujeto 13 (48)	Sujeto 14 (59)	Sujeto 15 (53)	Sujeto 16 (60)
Formación adventista Familiar		“...quien me llevo a la Iglesia desde que nació fue mi abuelita (...), ella era una persona muy creyente, pero era analfabeta y desde que yo empecé a leer en primero básico, ella me hacía que leyera la biblia y la escuela sabática, esto me ayudo a aprender a leer más rápido y a consolidarme en la fe. Yo todavía era bien chica cuando ya había leído la Biblia completa dos veces”.	“El estudio de la biblia es algo que siempre ha caracterizado a los adventistas, por eso antes nos llamaban el pueblo de la Biblia... eso se ha perdido con el tiempo, pero independiente de eso las enseñanzas que la Biblia nos otorga deberían saberse y estudiarse desde nuestros primeros días, para que se vuelva una costumbre inquebrantable y los padres y la iglesia deben dar el ejemplo... imagínelo, si no lo hacen los adultos no se lo podemos pedir a los más pequeños”.	“...la consolidación espiritual es relativa, es decir, va depender de cada caso y del anhelo de Dios que tenga la persona. Con esto quiero decir que debe haber un compromiso entre el ser humano y Dios... y debido a eso la consolidación espiritual es relativa, ya que algunos adquieren el compromiso antes de ser adultos o puede que ese compromiso nunca se obtenga”.
Formación eclesiástica			“...la decisión de seguir a Dios, es justamente eso, una decisión. Dicho de otra manera yo elijo seguir a Dios para poder vivir eternamente con él [...]. Es en este proceso donde Dios nos aconseja y nos señala que es lo que es bueno y que es lo que es malo, con el fin de refinar nuestro carácter para la eternidad, pero eso no lo consideramos como una barrera que nos limita, sino que como baranda que nos cuida del	

			peligro... y eso las personas no lo entienden”.	
Lo nuevo	“Los objetos tecnológicos son unos agentes que instan al ser humano a poseer un estilo de vidas arraigado en a la conectividad y en la instantaneidad informativa”.			
Modernidad	“[la modernidad y sus problemáticas] han llegado para quedarse porque están inmersas en toda la sociedad, en la mayoría de los sujetos de forma inconsciente creo yo, y la Iglesia pese a que posee una abertura incipiente a este tipo asuntos, está avanzando lentamente en ello; especialmente cuando se trata de conservar a los más jóvenes... hay que extraer lo bueno de todo y utilizarlo. Muchos no estarán de acuerdo, pero es una idea bíblica... cuando el apóstol Pablo dice: Examinadlo todo; retened lo bueno (1 Tesalonicenses 5:21)”			
Mundanalidad		“Generalmente uno como cristiano hace una separación, más que nada simbólica, entre un cristiano y no cristiano, el cristiano es el creyente, es decir, el que cree en Dios. El no cristiano... el que no cree en Dios, a este le llamamos mundo o nos referimos a él como a alguien que pertenece al mundo, dicho de otra manera se trata de las personas que rechazan la		

LA PERDURABILIDAD DE LAS CREENCIAS ADVENTISTAS EN UNA SOCIEDAD MODERNA.

		vida espiritual y que por supuesto no viven en concordancia con las enseñanzas bíblicas. Y en cuanto a la mundanalidad se apunta a lo mismo, es todo lo que no está acorde con los principios o creencias cristianas”.		
Falta de valores	“...ha significado una reestructuración física y valórica de la familia, que es la entidad base de toda sociedad. Esta reestructuración ha provocado una serie de procesos que son negativos para el ser humano, y los resultados no podían ser de otra forma. Que quiero decir con todo esto, si la familia no posee ningún tipo de valores la sociedad en su conjunto tampoco los va a tener (...). Al desmoronarse la familia tradicional, desaparecieron una serie de principios elementales como el respeto, el amor, la empatía, entre otros... hoy en día lo único que esta sociedad moderna ensalza o valora es el individualismo y lo que yo puedo hacer por mí mismo”.		“...yo pienso que la modernidad acarrea un relativismo en muchos sentidos, como por ejemplo la verdad... y con los valores pasa lo mismo”.	“...se han perdido valores como el amor a Dios y al prójimo, que repercute en otros valores como el respeto, la obediencia, la tolerancia, la mansedumbre y la solidaridad”.
Adolescencia		“Los jóvenes viven una dualidad, es decir, viven tanto en el mundo como fuera de él, costándoles trabajo ser de una sola línea, lo ideal sería que tuviesen viviendo una vida espiritual plena o estuviese totalmente afuera, pero es muy cómodo estar en el intermedio queriendo tenerlo todo”.		“...yo pienso que las diferencias espirituales que pueden haber entre un adulto y un joven no son diferentes a las que se dan en otros ámbitos... yo creo que el adulto tiene una vida espiritual más constante o más

LA PERDURABILIDAD DE LAS CREENCIAS ADVENTISTAS EN UNA SOCIEDAD MODERNA.

				<p>firme, mientras que el joven puede ser más intermitente en ese sentido, una intermitencia que se puede generar por diversas razones, pero sobre todo por el entorno ya que los jóvenes son muy influenciados (...). Ahora esto no significa que los jóvenes no puedan tener una vida espiritual sólida... yo pienso que algunos tienen una mejor vida espiritual que muchos adultos, pero si tuviese que hablar de la mayoría diría que hay una diferencia de solidez”.</p>
Razón				